

"Angel Caído"

BIBLIOTECA



*La Ermita del Val
de
Alcalá de Henares*

Cardenal Cisneros

"Ángel Caído".

LA ERMITA DEL VAL

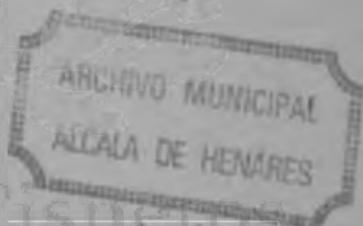
26
CAI
erm

ALGO DE HISTORIA, BASTANTE
DE TRADICIÓN Y NO POCO DE
LEYENDA SOBRE LA RÚSTICA
CAPILLA DE LA VIRGEN PATRO-
NA DE ALCALÁ DE HENARES.

PARA QUE SEPA MÁS A
HOGAR VA EN FORMA
DIALOGADA, COMO DE
CATECISMO.



R-1620



Cardenal Cisneros

R. 370

TALLERES TIPOGRAFICOS DE V. CORRAL
CALLE MAYOR, 15. ALCALA DE HENARES TELÉFONO N.º 156

+

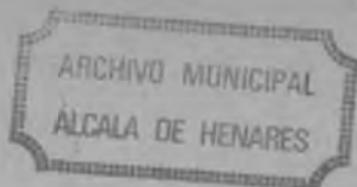
Para la Biblioteca popular, que hon-
ra por igual a maestros y a discípulos.

El autor.

CON LAS DEBIDAS LICENCIAS

Hecha de nuevo 5 de Noviembre de
1963.

Cardenal Cisneros



Al Excmo. Ayuntamiento de Alcalá,

BIBLIOTECA

- *que presidió la primera erección de la ermita en el año de gracia de 1184,*
- *que hizo en 1379 voto de acompañar a la Virgen en sus salidas del santuario, y lo viene cumpliendo,*
- *que juró en 1626 ante la Virgen del Val defender el misterio de la Concepción de María; y en 1653 lo ratificó asimismo solemnemente, que ha escrito muchas actas en interés de la ermita,*
- *que ha pagado en ella jornal a muchos obreros,*
- *que acaba de ofrecer para que las obras del Val terminen los dineros de sus arcas y el entusiasmo de su alcalde, (1)*
- *que ha prometido arreglar el camino de la ermita,*
- *que... hará un modesto hueco en los archivos municipales a este pequeño libro, que le ofrece rendidamente,*

Cardenal Cisneros

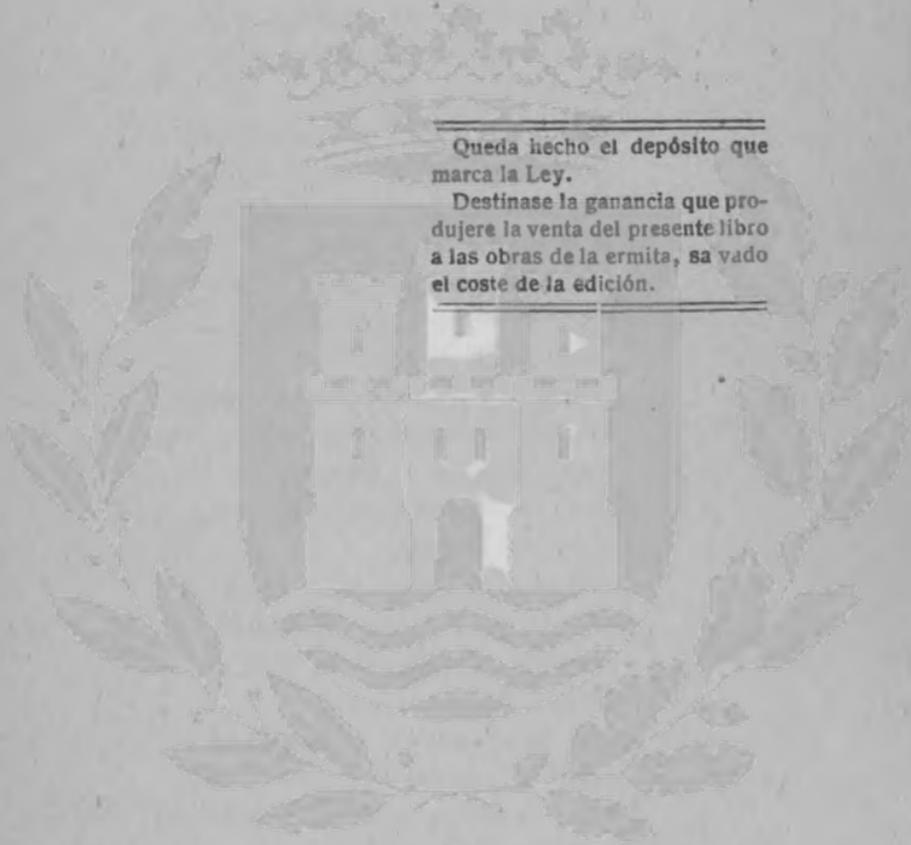
Su Autor.

(1) *Su alcalde es D. Gustavo Chamorro Tello.*

BIBLIOTECA

Queda hecho el depósito que
marca la Ley.

Destinase la ganancia que pro-
dujere la venta del presente libro
a las obras de la ermita, su vado
el coste de la edición.

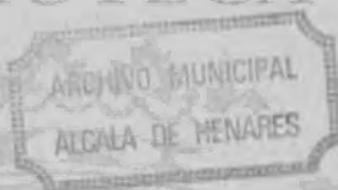


Cardenal Cisneros

AL CURIOSO LECTOR



BIBLIOTECA

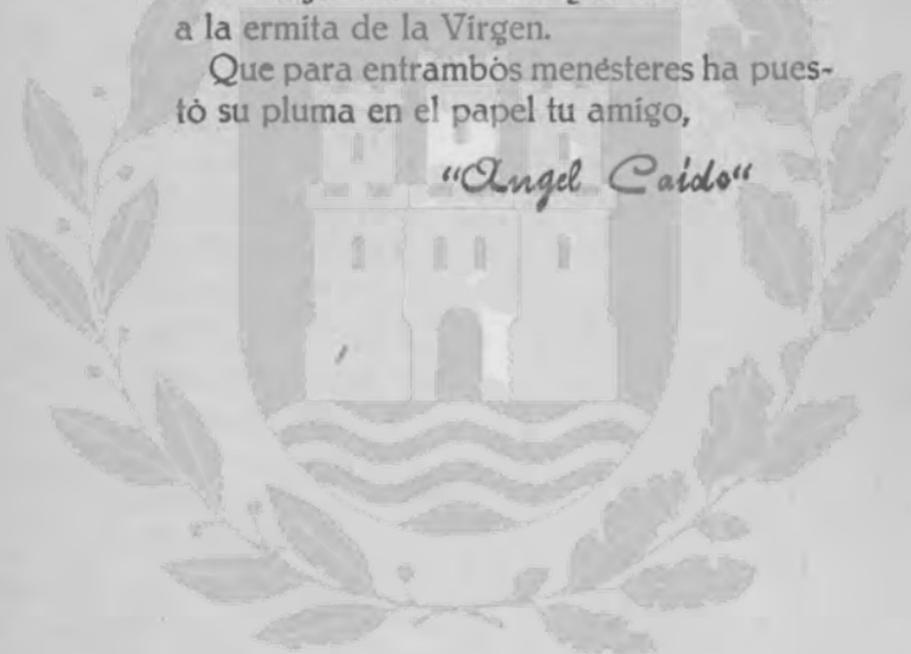


Ahí dejo en tus manos amigas ésta breve leyenda que para tí escribí, por la que paso a darte noticia de un rincón venerable de Alcalá, la hidalga, que te interesa conocer, porque le debes amar. Y pues es tema del corazón, más para sentido que para contado, déjame, lector hermano, que me crea niño y así vaya sencillo respondiéndote a lo que tú, curioso, fueres preguntándome. No motejes de ranciedad este mi estilo infantil. A ver cómo quieres si no que traduzca yo a lenguaje de hombres escenas de hogar, canciones de cuna, esencias de flores, arpegios de flauta, idilios de amor. Que todo eso y más rezuman los muros de la ermita de nuestra Madre y Señora, desde que plugó a sus cariños brotar en el campo del Val, como brotan de la tierra las azucenas.

Lector amigo: quédate con Dios y con la Virgen. Y discúlpeme ante tí la buena fe con que voy contigo a platicar, si no tienes a mengua dejar correr tus ojos por este catecismo de la ermita, con el que intento aposta catequizarte para dos fines, a saber; para que des una limosna de amor a la Virgen de la ermita y otra de bolsillo a la ermita de la Virgen.

Que para entrambós menésteres ha puesto su pluma en el papel tu amigo,

"Angel Caído"



Cardenal Cisneros

PARTE PRIMERA

Entrase a decir algo de los primeros tiempos de la ermita del Val, con algunas reflexiones que están muy en su punto.

—¿A qué llamáis Ermita del Val?

—Llamamos así al Santuario rústico que al oriente de la ciudad, y junto al río Henares, cerca de la vertiente de los cerros de Alcalá la Vieja, y entre las frondas de una susurrante alameda, elevaron nuestros padres a honor de la Virgen, Señora nuestra, como a su excelsa Patrona.

—¿Por qué decís Santuario rústico?

—Decimos *Santuario* por ser lugar bendito y al culto de la Virgen consagrado. Y añadimos *rústico*, por estar a más de un kilómetro fuera de la ciudad y en despoblado. Y es esta pintoresca rusticidad la que le hace ser ermita de estilo castellano, a cuyas puertas claveteadas mereciera escribirse aquella frase: «La belleza del campo está conmigo». (1)

Y, ¿ese título «del Val»?—Es contracción de «valle»; y quiere significar el lugar de su emplazamiento, que es un valle florido y aromático, al que dan sombra los cerros terro-

(1) Salmo 49, 11.

sos de entrañas blancas, en el que triscan los corderillos como en los valles de Canaan, y sobre el que vuelan anunciando el día las alegres oropéndolas...

Los hijos de Alcalá, hicieron de antiguo del valle de la ermita de su Virgen el campo de sus dulces regocijos.

—*¿Y, podríaís decirme cuándo la edificaron?*

—Si hemos de creer a los historiadores de Alcalá, debió ser en el año de 1184, y al poco tiempo, sin duda, de haberse allí aparecido la imagen bendita del modo milagroso que cuenta su piadosa leyenda.

—*¿Decid que se apareció la imagen de un modo milagroso?* —Sí; se apareció a un labrador que araba la tierra muy a orillas del Henares. Arando que te aras, siente que se le encalla la reja; y como diera en cavar en aquel sitio descubre la imagen de piedra de una Virgen Madre, de cuerpo entero y tamaño de una tercia, con su Niño junto al corazón, que ocultaron allí sin duda los buenos complutenses al ser invadidos por la morisma para evitar que la profanaran. Lo que de muchas otras imágenes se cuenta, que hubieron entences de pasar por las mismas aciagas vicisitudes.

— *Y, ¿qué hizo el afortunado labrador con su hallazgo?*— Trajo la imagen a casa de su amo, en la que fué colocada de modo muy devoto, recibiendo de todos la veneración. Mas dícese que de allí fué llevada sin saber cómo ni por quien al hueco de un olmo de junto al lugar en que apareciera. Sorprendió a todos verla, y con reverente acatamiento la condujeron al antiguo templo parroquial, de donde desapareció para ser de nuevo hallada junto al hoyo cavado de la tierra en que brotó. Y entonces y allí fué donde le hubieron de edificar la ermita. (1)

— *Y si sabéis por ventura cómo la edificaron, ¿me lo querréis decir?*

— ¡Oh! sí. El relato tradicional y el sentimiento unánime hacen suponer que la edificaron todos a una, por la fe y el amor que que al momento les llegó a inspirar la prodigiosa imagen de la que quería ser su Madre y Patrona, de modo tan providencial aparecida.

— *¿Tendréis a bien explicarme todo esto?*

— Sí por cierto. Digo que todos unánimemente sin distinción contribuyeron y cooperaron a una obra que anhelaron que fuese

(1) Lo trae Portilla en su Historia de Alcalá. 7. 1.º pag. 225.

popular, pues que a beneficio absoluto del pueblo iba dedicada. Y así todos los complutenses, en perfectísimo acuerdo, pensando igual, amando lo mismo, dieron presto remate a una empresa, en la que cada uno llevó su parte, quedando para siempre allí grabada la característica fe de aquel excelente pueblo, unido íntimamente por el ideal de su religiosa grandeza.

— *Y, ¿qué les movió a nuestros antepasados a edificar la ermita?*

— La insistente determinación de la soberana Virgen a morar en el lugar mismo en que se apareció, determinación dos veces prodigiosamente manifestada en la tradicional leyenda de la imagen, que dos veces desaparece de la ciudad y las dos veces es hallada en el sitio que hoy ocupa su ermita. Con ello entendieron prudentemente los fieles hijos de Compluto que la voluntad maternal de su Alcadesa (1) era permanecer entre aquel bellissimo paisaje cercano al río, defendido de los cerros y embalsamado de aromas, por donde vinieran sus hijos a conocer los celestiales encantos de su amor hermoso.

(1) Así la nombra Portilla, y suena por cierto bien este nombre de Alcadesa, en labios de quienes entonces tuvieron fervientemente a la Virgen aparecida por soberana del pueblo.

—Según esto, ¿pensáis que tiene importancia singular la ermita?

—¡Oh! sí, muchísima. Pensamos, y en ello no hay exageración, que a la tradición popular de los amores de la Patrona va indefectiblemente unida la de la ermita, que forma con ella un cuerpo de religiosa verdad. Y creemos que no es posible prescindir de la ermita sin socabar en todo el culto y amor de la Virgen. Y creemos también que la ermita es una condición que a los complutenses, sus hijos, les ha puesto su Virgen para vivir con ellos; y que si la edificaron entonces, fué convencidos de que así la divina Señora se lo exigía en las repetidas instancias de que arriba hemos hecho suficiente mención, las que si algo dicen, tiene que ser eso.

¿Qué viene, pues, a ser la ermita en la historia del Val?

—Viene a ser un mandato de la Virgen, que quiere tener su casa propia, que ha de ser la verdadera casa del pueblo, el hogar de la familia, el centro de la unión fraternal, la escuela de la ciudadanía, el nido de los dulcísimos amores, el rincón de los encantos más risueños, el asilo de la esperanza en las amarguras crueles de la vida. Esto ha de ser

en Alcalá la ermita de la Madre del Val por el origen que tiene, por el lugar que ocupa, por el motivo de su edificación, por las tradiciones, por las leyendas.

—Luego, ¿estimáis que la Virgen debe morar en su ermita?

—Y, ¿quién puede dudarlo? La pregunta que me hacéis está sobradamente contestada ya. La ermita es para que de continuo habite la Virgen en ella. No tiene de otro modo ninguna ermita razón de ser; tanto menos la del Val, que tan expresamente señalada está para ser habitación elegida de la mística Paloma del Henares.

—Y ¿qué me decís por tanto de su actual permanencia en la Iglesia Magistral?

—Os diré..., que doctores hay en esa misma Santa Iglesia que os sabrán responder.

—Y por vuestra cuenta, ¿no podríais decirme alguna cosa?

—Poco será; pero, en fin, os diré que juzgamos esa estancia puramente circunstancial, no definitiva. Por más que corra gran peligro de ser esto último por los muchos años que así van pasados, sin que lleve trazas el asunto de favorable solución.

—¿Por qué decís de «favorable solución»?

—Por entender que a la ermita es a la que corresponde guardar entre sus muros la bendita imagen. Y en tanto esto no se cumpla, no se habrá resuelto favorablemente a la historia del Val la cuestión popular del culto de la Patrona.

—*Luego, ¿pensáis que no procedió trasladar la imagen por las causas que lo motivaron?*

—¡Oh, sí; acatamos rendidamente la sabia y prudente disposición de las autoridades, trasladando en 1881 a la Magistral la santa imagen de nuestra Virgen. Ahora que nos hubiese complacido más que la soberana Señora no se hubiera visto precisada entonces a dejar su ermita. Tal vez reforzando la vigilancia y estremando la seguridad del santuario, poniéndole a salvo de ulteriores profanaciones, hubiese podido la Virgen permanecer allí. (1)

—*Pero este traslado parece que os infunde algún temor, ¿verdad?*

(1) A causa de una profanación impía de la ermita se decidió traer la Santa Imagen a la Santa Iglesia Magistral. El hecho es que en 22 de junio de 1881 la cofradía del Val participó al Cabildo de San Justo haber hallado la Santa Imagen derribada en el suelo de la ermita. Y fué cuando el Cabildo ordenó el traslado de la santa imagen a su antigua Capilla de la Magistral. A nadie convenció el sentir de la cofradía de haber sido la santa Imagen derribada de su trono por el viento. Se pensó más bien en que hubiera sido profanado el santuario y la santa Imagen maltratada, toda vez que apareció su cabeza separada del tronco, lo que se dió prisa a remediar el Cabildo, restaurándola convenientemente.

—Efectivamente; y bien noto vuestra perspicacia en averiguarlo. Pues sí, nos infunde un temor: el de que permaneciendo la divina Señora en la Magistral se abandona indefinidamente la reconstrucción de la ermita. Bien claro está, que de tener que morar en ella la Virgen no podía el pueblo tenerla en tan lastimosas ruinas. Ese miedo nos da ver a nuestra Madre querida en la Iglesia Magistral, ese miedo solamente.

—*Y cuando las obras terminen y esté la ermita levantada, ¿se debe la Santa Imagen trasladar a ella?*

—Contestamos diciendo, que siempre y en todo hay que atenerse a la historia tradicional que lo manda claramente así; salvo el superior criterio de quienes con su autoridad dispongan lo contrario, a los que hay que presumir intérpretes de la voluntad de nuestra Madre.

—*¿Siempre habitó la Virgen en su ermita?*

—Desde su edificación en 1184, de la que dejamos hecha memoria, permaneció de continuo la excelsa Señora en su santuario del campo, siendo allí únicamente sacada cuando alguna calamidad pública reclamaba su presencia en la ciudad de sus hijos, entre quienes habitaba un novenario de días pro-

digando misericordias. Aparte de tan memorables salidas, justísimas y naturales, hay dos hechos oscuros en los que aparece la Virgen de modo clandestino separada de su ermita.

—¿Queréis contármelo?

—Con mucho gusto y tal y como la historia lo cuenta. El 19 de Abril de 1791, a la puerta del Colegio de Manriques amaneció la imagen de Nuestra Señora; y el Rector del Colegio, Don Pedro González de Teja, no bien se hubo apercebido, la colocó en la capilla, encendiendo numerosas luces, en tanto el Cabildo disponia lo necesario para su culto. Ni cómo allí a la Virgen llevaron, ni quién la llevó, se pudo entonces ni luego averiguar. Lo que sí consta, y escrito permanece para ejemplo de todos, es el acto de protesta que levantó el pueblo contra tamaña profanación protesta unánime de la que fué portavoz elocuentísimo el doctor D. Manuel Justo Martínez Galiano, en sermón que pronunció el 30 de aquel Mayo de 1791 en la Capilla de la Universidad. Un año justo pasó la Virgen sin volver a su ermita. (1)

(1) Dos veces, a lo que parece, sucedió el ser hallada la imagen de la Virgen a la puerta de los caballeros Manriques, una en 1791 y otra en 1793. En esta última el vestido de la Virgen aparecía quemado. Y en su vista el Cabildo comisionó a los Dres. Molina y Padura para que volviere secretamente la santa imagen a su ermita, y diesen conocimiento del hecho al Sr. Vicario General de Toledo y al Sr. Corregidor de la ciudad, a los efectos oportunos.

Otra misteriosa traida de la excelsa Señora se apunta en los anales del pueblo por los años de 1808. En 7 de Junio de tal año fué sigilosamente colocada la bendita imagen a la puerta de la cadena de la Iglesia Magistral, dando a este traslado aparente motivo la invasión francesa en los campos españoles, de la que se temían con fundamento ultrajes inicuos y vandálicas devastaciones. Esta vez tardó la Virgen en volver a su ermita ¡cuarenta y seis años! (1)

— Y, ¿qué juzgáis de ambos raros sucesos?

— Les pondremos, sin entrar en otros pormenores, por único comentario una frase de citado doctor Martínez Galiano, recogida del sermón a que hacemos antes referencia: «*No se pueden justificar los medios con la piedad de los fines.*» Eso es todo. No se nos ocurre más.

(1) Es curioso leer en las actas de la Cofradía las reiteradas instancias de los Hermanos del Val, cerca del Cabildo de San Justo para que volviese la Virgen a su ermita, cada vez que la santa imagen era traída en procesión.

¡Como si tuviesen escrúpulo de no hacer la voluntad de su Madre y Señora!

PARTE SEGUNDA

BIBLIOTECA

Por donde vendrá el curioso lector a conocimiento de la primera restauración de la ermita del Val, que hizo el Cardenal Tenorio, con algo más que irá saliendo de paso.

— *Qué conoceis por restauraciones de la ermita?*

— Los periodos de tiempo en que hubo de ser reformado el santuario; y las obras que allí hubiéronse de realizar, para que continuase siendo digno de recibir el culto de la Patrona.

— *Pues qué, ¿la ermita no fué así siempre?*

— No, por cierto. Esta capilla que hemos alcanzado en nuestros días y nosotros llamábamos, hasta hace poco, con cierto desdén «la ermita vieja», eran las ruinas de la tercera que se levantó sobre aquel lugar en que se presentó nuestra Madre brotada de lo tierra, como divina espiga del mejor trigo de los campos del Señor.

— *¿Cuántas ermitas contáis, pues?*

— Una sola con tres principales restaura-

ciones. (1) Claro es que las restauraciones hechas resultaron de tanta consideración que mejor pudieran ser llamadas edificaciones; y ermitas nuevas, por lo tanto, las así restauradas.

—¿Cómo fué la ermita en sus principios?

—Muy pobre y sencilla, sin otro arte fabricada que el de la hermosa fé de aquellos buenos campesinos, que se cuidaron más de que tuviese la Virgen templos firmes de cariño en sus almas, donde había más a su gusto de vivir, que santuario de sólida construcción en su alameda. Y con ser así de pobre la capilla, la tierna Madre debió habitar en ella complacida, pues que allí quiso estar, y no en casa de un rico del pueblo, donde primera vez la llevaron para decentemente colocarla. Ni quiso tampoco hallar morada en la Parroquia de los Santos Justo y Pastor, porque de allí también se fué al lugar de sus maternales designios. Ello es, que a la bendita Virgen le pareció bueno el humilde rincón del santuario, que a falta de ornamentaciones preciosas, tenía por lámparas vivas los corazones

(1) No creemos que haya de conformarse con este nuestro humilde parecer el erudito Padre Lecanda, pues están no muy lejanas sus «Efemérides del Val» publicadas en *Castilla*, donde sienta plaza de particular criterio tan oportuno como respetable.

na, que vino a brillar entonces como en su siglo de oro.

— *¿Creció con la nueva ermita la devoción popular?*

— ¡Oh! sí, muchísimo. Entonces fué cuando se originó para bien de todos esa feliz expansión del amor a la Virgen del Val, que tomó carta de vecindad en el pueblo. Ahora es cuando las autoridades comienzan a moverse diligentes en derredor de la ermita. El Cabildo de San Justo es instituido patrono y fiel guardador del santuario, que bajo su inmediata jurisdicción y tutela permanece. (1) A su vez, los Corregidores de la ciudad hacen voto de asistir a las procesiones de la sagrada imagen. Una señora que cita particularmente la historia y que se llama doña Luisa Méndez, funda una capilla en la ermita con misa semanal. (2) Otro señor, don Juan Díaz, platero de Segovia, pero hijo de Alcalá, dona una preciosa cama de plata, para que siempre la Virgen estuviese puesta en ella.

(1) El Cabildo nombró por entonces un canónigo administrador de la ermita, entregándole de contado llaves y bienes por cuenta y razón, ganando presencia en las Horas canónicas, siempre que hubiese de atender por sí a los intereses del santuario.

(2) Para servir esta capellanía el Cabildo nombró al Dr. Lodeña en 11 de Diciembre de 1690.

— *A ver, ¿queréis explicarme eso de que el Cabildo es Patrono de la ermita del Val?*

— *¿Como nó? Lo es desde 1480; pues en ese año a 25 de Enero, el ilustrísimo señor Don Alonso Carrillo, Arzobispo de Toledo, por decreto de su alta y apostólica autoridad hizo donación de todas las ermitas de su arzobispado al venerable Cabildo de San Justo, de Alcalá, en derechos de patronato y administración. Venían obligadas por un decreto así las dichas ermitas a diezmar en favor del Cabildo complutense, a quien le fué conferido el poder de nombrar administradores de sus bienes, y ermitaños de su custodia, corriendo a cargo del mismo ilustre Cabildo la disposición y presidencia de sus cultos.*

Entre las muchas y devotísimas ermitas a que hacía referencia el decreto, estaba la de Ntra. Sra. del Val, en término de Alcalá de Henares. (1)

— *Y, ¿el Cabildo ha ejercido el patronato siempre sobre la Ermita?*

— *Efectivamente que sí. No hay mas que repasar las actas de tan ilustre corporación,*

(1) Debemos a la bondad del M. I. Sr. D. Julián Fernández Díaz erudito archivero del Cabildo Magistral, la copia de estos datos, sobre los que tiene compuesta él una interesante Memoria, cuya pronta publicación anhelamos.

ración de la ermita, demolidos los antiguos muros venerables.

—¿Quién hizo esta restauración?

—El arzobispo de Toledo D. Pedro Tenorio, a cuyas cuantiosas expensas corrieron los materiales de obra y el jornal de los obreros. Este arzobispo, pródigo en generosidades, fué quien restauró a su vez la fortaleza del pueblo y edificó las murallas con torres y baluartes, desde la puerta de Madrid al torreón de Palacio. Tendió así mismo el puente de Zulema dando un abrazo a las vertientes del Gurugú, e hizo surgir del montón informe de piedras disgregadas, el famoso castillo de Alcalá la Vieja, coma evocación solemne de un pasado, que debiera ser eterno presente.

—¿Cómo fué que restauró la ermita?

—Tenía cobrada este arzobispo a Alcalá gran afición; y era su costumbre retirarse aquí, cuando el mundo político hacía llover pesares sobre su alma. No es mucho, pues, que interesado por las cosas íntimas del pueblo, viniese a dar en el amor a la excelsa Madre, que presidía siempre por aquel entonces las fiestas memorables de su gran familia. Y fuera porque los tiempos daban de sí ansias de intensa renovación, o tal vez

por el celo que por la Casa de la Virgen le consumía, el hecho es que D. Pedro Tenorio, espontáneamente, por pagar de contado a la dulce Alcaldesa el bien que recibía su alma con vivir en su heredad, tal vez a instancias de los vecinos que conocían las larguezas de su pastoral mano, se dió a restaurar espléndidamente por sí de sus rentas de arzobispo la ermita de Nuestra Señora. (1).

— *Y decís que lo hizo espléndidamente?*

— ¡Vaya si lo hizo! Así lo dice la fama. Era la tal ermita de gran capacidad, con buenas capillas y elegante media naranja y linterna, exhornada la esbelta bóveda con sus escudos de almas señoriales. Y al frontispicio su escudo de arzobispo: un león rapante sobre mármol, que fué lo que únicamente quedó de la magnificencia de aquella primera restauración. Dotó el arzobispo también con pingües rentas la Capilla para su ornato y el decoro del culto y los ministros, de lo que hoy, efectivamente, no queda ni memoria. Y compuso asimismo las Ordenanzas de la Hermandad antigua, por dar mayor autoridad y prestigio a la devoción popular de la Patro-

(1) Seguimos al escribir esto la opinión de los autorizados historiadores complutenses Portilla y Azaña. No va por aquí lo que de la restauración de Tenorio piensa el Padre Lecanda mereced a estudios particulares, dignos de loa.

agradecidos de aquellos fieles depositarios de un tesoro de tan gran amor.

¿Sabéis algo más de tan memorable capilla?

—¡Oh! es muy fácil adivinarlo. Allí se constituyó la casa del pueblo. Puertas eran aquellas que no se cerraban nunca. Del trono de la Virgen no faltaban arcos de follaje, a los que pagaban su contribución las alamedas. Ni en su altar morían jamás las clave-linas y margaritas, sin que viniesen a relevar su puesto en las gradas santas los pensamientos y las violetas; que para eso regaba sus orillas el Henares, para que hubiese siempre flores en el altar de la ermita de la Virgen aparecida... Y el esquilón de la espadaña fué por aquel tiempo reloj de zagales y avisador amigo de labriegos. ¡Ah, si la llanura contara lo que sabe y abriesen los cerros sus entrañas! Bien lo guardan todos los añosos troncos de aquellos parajes. Y el río, que ponía el acompañamiento de aquellas dulcísimas serenatas del vivir cristiano en la ermita, levantando cadencioso ritmo por entre un cauce de brillantes esmeraldas y rubíes...

—Y, ¿cuánto tiempo duró aquello?

—Lo que la fe sencilla y amor vivo de los complutenses. Pudiéranse dar los tiempos

del esplendor mágico por un solo día de tan encantadora beatitud. Aquella ermita pequeña y pobrísima estuvo en pie cerca de doscientos años. No se dice que se agrietase su fábrica humilde, ni que se cuartease su misera techumbre, no; se dice secamente que fué demolida en 1376. ¿Por qué harían eso? Una demolición tan lamentable se llevó entre sus escombros todo el encanto de aquella rusticidad castellana, que había tejido a la sombra de la ermita pequeña gratisimos idilios populares.

— *Y, es aquí donde comienza su primera restauración?*

— Sí, aquí es. Aquí donde termina el primer período de un pueblo feliz en el campesino albergue de su Virgen pobre. Se conoce que les va faltando a los complutenses la hermosa sencillez que torna los hombres en niños, aptos para el reino de los Cielos; por cuanto se les hace ya ruin la ermita de su Patrona y quieren edificar a su culto un excelente santuario. Es, sin embargo, muy digno de alabar el empeño de abrir credito a la piedad con magnificencias de templos y suntuosidades de culto. Esto pasó aquí el año 1376, cuando dieron principio a la primera restau-

—*Luego ¿en 1814 comienza el periodo de la segunda restauración?*

—Sí, en ese año mismo da principio el movimiento de los hombres de buena voluntad en torno al proyecto de sacar de su ruina el santuario de la Patrona.

—*¿Pues qué se hizo de la fábrica santa que levantó Tenorio?*

—¡Nada permanece bajo el sol! ¡Miseria miserable la de las cosas humanas! Esta capilla solidísima, de columnas esbeltas, de bien templada bóveda, se rindió al tiempo y cayó por fin, arrastrando en su caída juntamente a la riqueza de su arte, la solemnidad de su culto y la piedad de sus tradicionales regocijos. Todo se hundió con la ermita. La mansión capaz de recibir al pueblo, y el espíritu que al pueblo en la mansión le congregaba. Los muros que sustentaban la techumbre, y el fervor que allí sostenía las elevaciones del corazón. La bóveda de donde colgaban las lámparas de aceite, y la fe que ponía el aceite que ardía en las lámparas. El esquilón que anunciaba las fiestas alegrando la campiña, y la dulce alegría con que fué siempre obedecido el esquilón... El coro, desde donde se cantaban las melodías que brotan del sentimiento, y el sentimiento que tejía

de afectos puros las melodías. El altar convertido en jardín de flores recién cortadas, y el amoroso anhelo con que las flores eran puestas en el altar. . ¡Todo se hundió con la ermita! ¡Miseria miserable la de las cosas humanas!

— *Y ¿no halláis alguna causa que pueda venir a justificar el total hundimiento?*

— Indudablemente que sí. Aunque justificar eso no se pueda jamás, estimamos causa suficiente para la desaparición del santuario el abandono en que se le dejó por más de cuarenta y seis años. Y fué por lo que sigue: Las vandálicas tropas de Napoleón allanaron impiamente la morada de los hijos de la Patria española en Mayo de 1808. Como a otro menester no venían sino a demoler grandezas y a llevarse tesoros y a profanar santidades, temieron los pueblos, y con razón, por las imágenes de su piedad y los altares de su fe y los templos de sus preciosas tradiciones. Y he aquí cómo en Alcalá se dan prisa con un celo muy racional y plausible a esconder el tesoro de su Patrona, deshabiando la ermita en 7 de Junio de 1808, que fué aquel año, martes de Pascua de Pentecostés. La salida de la Virgen de modo tan triste amenazó de ruina el santuario, que a

Virgen del Val por su Titular y Patrona en 7 de Junio de 1791, dándole a su Corona de Reina la borla de Doctora de sus Claustros. Por su parte, los colegiales entraron a formar parte de la Hermandad de nobles de la ermita, en la que figuraban a honor como protectores los maestros del Colegio mayor de San Ildefonso. En un día de la octava de la fiesta de la Encarnación del Verbo Divino, iba la Universidad en pleno a la ermita procesionalmente llevando las insignias de sus grados. Y en la ermita celebrábase la misa y hacía la Universidad la ofrenda. Dícese asimismo que los sábados de primavera cantaban la salve los colegiales de San Ildefonso en la ermita, cuyo altar a porfía preparaban las bellisimas hijas de Alcalá, con esmero y galanura. Y el camino del Val con los añosos arbustos de sus lindes esconde las huellas de quienes, a media tarde los días de sol, daban sus lecciones a estilo peripatético y embalsamaban aquel ambiente con incienso de virtudes y aromas de ciencia y efluvios de arte, viniendo a caer de rodillas en la ermita, cuando tocaba el *Angelus* la campana para dar gracias a la Virgen por la lección aprendida y la tarde bien empleada. Así es, que la Universidad de Cisneros y la Ermita del Val tie-

nen páginas de vida bella santamente grabadas en la historia de sus días; y ambas a dos sacan del mutuo consorcio de sus cariños caudales de merecimientos y confirmaciones de gloria. (1)

— *Me place, a fe mia, cuanto me decís, más temo haber perdido el sendero de mi tema; ¿no es de las principales restauraciones de la ermita de las que venimos aquí tratando?*

— Bien que sí. Pero entiendo que no andamos descaminados; pues lo dicho por mí en respuesta obediente a lo que habéis tenido a bien preguntarme, forma un sólo cuerpo con la primera restauración hecha por el cardenal Tenorio, hasta el punto de ser la relación verdadera de lo que aconteció en el Val en un período de cerca de quinientos años. Y podrá notar quien esto lea, cómo corre parejas con la edificación magnífica del santuario la esplendorosa pompa de su culto; que ambos capítulos, que significan dos restauraciones, espiritual una, material otra, completan y definen la reseña de la Ermita del Val de 1376 a 1814.

(1) Cuando la Ermita se levante, a buen seguro que los amabilísimos Padres Escolapios herederos de la sublime pedagogía universitaria y aducadores de las generaciones complutenses renovarán con sus alumnos estas preclaras escenas de la vida española.

para convencerse quien quiera. No es de nuestra incumbencia transcribirlas. Pero como apunte curioso y en resumen de todas ellas, déjesenos decir que el derecho al patronato le hallamos invocado y su deber cumplido en los libros capitulares de 1624 a la fecha, en cuyas Palabras (1) se hace constar de modo inequívoco el aprecio en que siempre tuvo el Cabildo su jurisdicción en el Val. Y esto, en la paz de sus acuerdos, como en los litigios con el Ayuntamiento y la Cofradía. En tanto tiempo, y sin interrupción mantenido el patronato, no hay manera de considerarle prescrito.

—¿Qué fiestas se celebraban en la ermita por aquel entonces?

—A más de las propias de la Virgen en Septiembre, fiestas de piedad no de romería, (2) el Cabildo de San Justo y el Ayuntamiento iban procesionalmente a la ermita todos los años el primer sábado de Abril, cantándose allí misa solemne. Y esto se vino haciendo hasta los últimos años del siglo XVIII, sin que sea del público dominio la causa de por qué se ha dejado de hacer. La víspera de la Ascensión de Nuestro Señor

(1) El Cabildo Magistral llama Palabras a sus Sesiones o Juntas.

(2) Lo contrario de lo que ahora pasa; pues las del Val son fiestas más de romería que de piedad.

Jesucristo a los cielos iba también a la ermita la procesión de letanias, asistiendo el ilustrísimo Vicario general y excelentísimo Ayuntamiento con las Comunidades religiosas y las Hermandades del pueblo (1). Y había una interesantísima nota de sublime gratitud y poesía: cuando a las puertas de la ermita llegaba la procesión, el clero y los fieles volvían su frente al empinado cerro del Ecce-Homo y entonaban un canto litúrgico a la Cruz, en memoria de ser fama que allí se manifestó la Santa Cruz brillantemente al arzobispo D. Bernardo, cuando luchaba contra la morisma (2).

—¿No sabéis si entre la ermita y la Universidad gloriosa existe relación?

—Sí que lo sé y buen testigo es la historia. El claustro universitario complutense se consagró a Nuestra Señora y la Real Academia de Teología Sagrada eligió a la

(1) Ya se dejó de hacer y con gran pena lo escribimos. La procesión de letanias va la víspera de la Ascensión al convento de las Juanas y a la entrada de la calle de Santiago se canta hoy, en recuerdo de aquel dichoso tiempo, la antifona de la Santa Cruz.

¡Cómo cambia todo!

(2) Dícese que acaeció en Alcalá otro prodigio semejante al obrado en favor del gran Constantino en su lucha contra Majencio. También, como entonces, se dejó ver en Alcalá la Santa Cruz, entre fulgores de cielo, anunciando el triunfo de los cristianos sobre los hijos de Mahoma.

falta de fieles comenzó a ser invadido de sabandijas. Las arañas tejieron sus telas en los paredones desmantelados, en tanto se filtraban las aguas del valle, abriendo herrumbrosa carcoma en el armazón de la bóveda que se cuarteaba por momentos. Y así vino a caer a plomo sobre las losas del pavimento, escapando de hundirse solamente los botariles; no sin quedar en buena parte asimismo desvencijados.

—¿Puede servir esto de lección?

—¡Oh, y bien provechosa por supuesto! De haber seguido allí el culto, de haber tenido celo por la casa de la Virgen, de haber tapado a tiempo las primeras goteras no se hubiese al fin desplomado la bóveda. Descuidos semejantes son los que ahora lloramos y por los que andamos tan comprometidos en levantar la ermita que nunca se debió derrumbar, si nuestro celo supiese perennemente sostenerla. Y pues ahora estamos manos a la obra, bueno es aprender a conservar lo que tanto nos lleva construir, haciendo que la ermita que se levante sirva de habitación perpetua de la Virgen; que si allí vive la Señora no nos será lícito descuidar la seguridad y el adecentamiento de su morada.

Y el daño de la caída ¿fue luego al instante remediado?

—No tan luego como fuera de desear. Pero al fin se remedió en proporciones más humildes, dando con ello principio la segunda restauración de la ermita.



Cardenal Cisneros

PARTE TERCERA

BIBLIOTECA

De cómo fué hecha la segunda restauración, con la que hubo ermita para veintiocho años, que ni que hubiera sido de papel durara menos.

— *¿En qué año fué segunda vez la ermita restaurada?*

— Debió comenzar a serlo el año 1842, si bien no es habilitado definitivamente el Santuario y llevada la Virgen hasta el 1853 y día 17 de Septiembre.

— *¿Pues qué hubo para tan larga y enojosa dilación?*

— Hubo los malaventurados y trastornados dimes y diretes, a que lleva en las cosas humanas el excesivo aprecio de las etiquetas, de las que fueron por aquel entonces rendidos devotos los que tenían cargo de autoridad. ¡Afán pobrísimo de poner tropiezos terrenos a las cosas de Dios! Porque, si en edificar hubieranse invertido los años malamente gastados en discutir y no acordar, muy luego hubiesen visto la Capilla levantada. Mas no; fué sin duda torpe manía de todos

no entenderse por no sacrificar en aras del bien sus rampiones egoísmos, nunca peor empleados que allí en negar ayuda y regatear interés a una obra tan de todos, como la de hacer la Casa de la Madre del pueblo.

—¿Qué pasos se dieron?

—Pues... veréis, veréis. Bastante despues de haberse la ermita venido a tierra comenzaron a tratar de su restauración los cofrades de la Virgen. Y a este fin, en 1814, hizose formar una comisión de tres que lo fueron los Sres. Calleja, Molina y Ramírez, quienes de acuerdo con el Cabildo de San Justo, dispusieron la celebración de rifas, para reunir dinero y dar principio a las obras. Eran 19 años pasados, y aún no se habian acarreado los primeros materiales para la restauración. Y ya picaba en historia lo de las rifas, cuando el Corregidor D. Pedro Gómez de la Serna pasó en 4 de Junio de 1833 una comunicación a la Hermandad, haciéndole saber el acuerdo tomado en el Concejo; es a saber: que vista la injustificada demora con que se llevaba el asunto de la restauración de la ermita del Val, había dispuesto, consultado el caso con los Regidores de la Villa, conminar a la Hermandad, para que a término de tres meses hiciese demoler los muros de las rui-

nas, que ofrecían peligro al transeunte, o en caso contrario, seguir hasta su término la reedificación; extremo éste para el que había de hallarse preparada la Cofradía, por cuanto que habíase procedido a la rifa de alhajas y era de pública honestidad dar empleo a lo recaudado, tanto más, reclamándolo así la necesidad del Culto de la Patrona. Y añadía el Corregidor, que si por la demolición se determinaban los cofrades, habíase de hacer ésta en veinte días; y en todo caso debían manifestar claramente los Hermanos de quien era incumbencia sostener el santuario, si es que a ellos en rigor no les incumbía, para proceder en justicia sobre seguro.

—¿Qué respuesta dió al Corregidor la Cofradía?

—Dijole por oficio de 10 de Junio de 1873, que no era ella la obligada en ningún caso a la restauración de la ermita; que del Cabildo de San Justo era semejante menester por hallarse honrado con el Patronato del Santuario, (1) debiendo correr a su costa los gastos de obras de reparación que allí se hicieren, como era ley establecida de antiguo. Item más; que a partir del 7 de Junio de 1808 en

(1) En la página 24 queda hecha mención de cual patronato sea éste y en lo que consista.

que apareció la Virgen sin saber cómo ni por qué a la puerta de cadena de San Justo, no entendía la Hermandad en nada. Y que si, consternada por los hundimientos y aprovechando el buen deseo del vecindario, se había movido a echar mano de rifas para favorecer las obras, el importe total de la recaudación lo había entregado la Hermandad bajo recibo al Capitular Dr. D. Tomás Magano en 20 de Diciembre anterior. Que por lo demás la Cofradía no tenía por sí ni ante nadie compromiso de restaurar la ermita, ni ulterior obligación de reedificar ni demoler.

— *Y después ¿qué pasó?*

— Que nombró el Corregidor una Comisión que hiciera luz en el asunto, la que pidió informes precisos al Cabildo, a cuyo requerimiento contestó tan digna e ilustre Autoridad en sentido totalmente contrapuesto a lo manifestado por la Cofradía, pasándose de todo el proceso comunicación a la dicha Cofradía en 5 de Agosto del mismo año, para que procediese como fuese razón, pidiéndole de contado el Municipio franquease los documentos en que apoyaba sus aseveraciones a lo que accedió de buen grado la Cofradía. Y de lo que pasó luego no habla la historia; ni de cómo se llegó a resolver el pleito entre

los Cofrades y el Cabildo, con el pueblo de testigo y el Corregidor por juez, se dice ni se sabe nada. Es muy de creer que hubiese un punto de concordia entre los pareceres; porque no era justo que por discutir ambas partes sus derechos y deberes hubiese de perder la Virgen su Casa en definitiva.

—Pero, ¿y qué solución se dió al asunto por fin?

—Pasaron nueve años sin que se diera; mas llegado que hubo el 1842 y a 21 de Septiembre se tuvo junta general de los Hermanos, en la que se llegó al unánime acuerdo de restaurar la ermita sin demora, comisionándose a este fin con amplitud de poderes a los Sres. D. Lope Ignacio Fuentes, Doctor D. Sebastián de la Roca, D. Gregorio Cabrada y D. Antonio Flores; los que teniendo conciencia de a cuanto les obligaba el puesto a que fueron por la Junta llamados, se dieron a trabajar activa e incesantemente con tal de que dejase de ser un popular bochorno el asunto de la ermita. Y tal y tanto se movieron, que llegaron a ver en pocos días el comienzo de las obras, a las que pusieron el margen de sus desvelos piadosos y del sacrificio de sus caudales.

— *Pues ¿cómo así?*

— Estaba el pueblo muy caído ya en punto a fé; y había cerrado su bolsa sistemáticamente a causa de las contrariedades con que amargaban su excelente y pronta disposición a las obras de celo el desinterés y pasividad lamentabilísimos, que daban únicamente de sí quienes, por el contrario, habían de ser los primeros en dar ejemplo de abnegación profunda y generosísima laboriosidad. Y por que debían de aplicarse cauterios inmediatos a las abiertas llagas por donde al pueblo se le iba la vida, las clases pudientes hubieron de ponerse a tono y dar de su peculio lo que se hacía menester en anticipos y dividendos, con tal de que no se acabasen los fondos de obras, y con ellos el último aliento de la fé popular, que de morir entonces había de ser para nunca más resucitar a la vida hermosa de la ciudadanía.

— *¿Se hicieron, entonces, las obras?*

— ¡Oh! sí; se hicieron, bien que con fatigas; pero se hicieron al fin y en 1853 dieron remate a la segunda restauración de la ermita, que fué solemnemente bendecida el 15 de Septiembre a las cuatro de la tarde.

— *Y ¿cuando se posesionó la Virgen de su nueva Casa?*

—Dos días después, el 17 y a la misma hora de las cuatro de la tarde salió la celestial Señora de la Iglesia Magistral camino de su morada. Iban con Ella las cofradías de la ciudad en desfile de honor, levantados al alto los estandartes y las insignias, cerrando la marcha el Ayuntamiento y las Corporaciones de los diversos mandos y categorías de autoridad. Habíasele dedicado a la Patrona un arco de triunfo a la entrada del paseo de su alameda. Y a su pie se adelantaron a esperarla en correcta formación las fuerzas vivas de Alcalá, queriendo significar sin duda que, junto al arco de los ramajes verdes y frondosos, estaban formando espirituales trofeos de cariño las almas agradecidas de la noble vecindad complutense. Tres niñas en hábito de ángeles cantaban melodías y echaban flores por el sendero... Así llegó hasta su heredad la Reina; y así fué recibida luego en las gradas de su trono, más pobre de arte que otros que tuvo; pero, a más costa levantado y con más sacrificios sostenido.

Volvió a tocar la campana que alegraba los cerros y doblgaron sus copas los arbustos cuando la tornaron a ver llegar; y el Henares sacó su pecho fuera y se aomó jubiloso a la ventana de su cauce.

Otro día después, desde bien temprano, comenzó a llegar el pueblo para oír la primera Misa que dijo en la Ermita recién restaurada el canónigo de la Magistral D. Pascual de la Puerta, quien, era fama que tenía hecho el voto de levantar el primero su santo Cáliz sobre aquellas aras que tantos años se tardaron en construir. Luego, a las diez, el Ilmo. Sr. Vicario General ofició en la Misa mayor, a la que concurrieron las autoridades bajo mazas y comisiones bien numerosas de los pueblos de alrededor, venidas a la dedicación solemne de la Ermita. Era de ver la fiesta que se hizo y el fervor con que fué la Ermita inaugurada, de lo que quisieron ser testigos presenciales los Sres. Marqueses de Murillo y de la Salud. Y por eso vinieron, a depositar por sus propias manos en la Ermita nueva las ofrendas de su piedad. Fué orador en aquel notable día el Sr. D. Antonio de la Puerta, que rivalizaba con su hermano D. Pascual, del que se hace mención arriba, en el cariño a la Patrona. Y acorde con las notas brillantes de su oración elocuentísima estuvo la orquesta que la Hermandad del Valtrajo de Guadalajara. Así es que la Ermita fué abierta de un modo singularmente plado-

so despues del largo tiempo que tardó en ser restaurada segunda vez.

— *Y ¿quedó en su Casa definitivamente la Virgen?*

— No; que hubo que ser traída de allí a la ciudad, una vez hecha la fiesta de inauguración por no estar aún edificada la casa del ermitaño. Mas, cuando lo estuvo ya, por el 1862, fué otra vez solemnísimamente llevada en 20 de Septiembre para nunca más volver a salir, como no se lo reclamase de consumo la salud y dicha de su pueblo. Y allí, en su Ermita, siguió en efecto habitando la celestial Señora y allí estaría hoy, si un suceso tan extraño como impio (1) no la hubiese forzado en 1881 a dejar su ermita y esconder su amor en el pueblo. Desde 1882 es, por tanto, desde cuando la *Virgen Pobre* no tiene Casa.

— *¿Qué se hizo, pues, de la Ermita dos veces restaurada?*

— Se hizo lo de siempre; tras el abandono por el traslado de la santa Imagen, comenzó a ser otra vez habitación de sabandijas y estanque de aguas y acabó por agrietarse y amenazar ruina. Duro es culpar a quien sea

(1) Ya hicimos oportuna mención del caso en la página 13 y en la nota de la misma página.

(y nos parece que fué la Cofradía) del insensato descuido en que iba cada vez más dejando el interés del culto y la dulce tradición de la Madre del pueblo.

— *¿Y así estuvo mucho tiempo?*

— Mucho, sí; pues en asuntos de tal índole todo tiempo es largo. Aunque a decir verdad se nota en el libro de Actas de la Cofradía por aquellos años de 1889 un movimiento de opinión favorable a la restauración de la Ermita. Ni deja de sentirse la necesidad piadosa de levantar el santuario, por cuanto la Santísima Virgen ha de ir todos los años en Septiembre a presidir la fiesta y romería de su alameda. Y era llegada la hora en que la Divina Madre no podría ir; porque si unos días más pasan y en la Ermita no se pone la mano, la humildísima Virgen que no tuvo a mengua entrar en la Gruta de Belén, no sé cómo ha de poder, ni por donde pueda entrar, siquiera de paso, en la derruida capilla de sus amorosos designios complutenses.

— *Y cuándo se comenzaron a dar los primeros pasos?*

— En junta general de 10 de Noviembre de 1889 se acordó que la Comisión de obras fuese a la Ermita con el señor Arquitecto municipal a levantar un plano y a formar un

aproximado presupuesto de restauración. Y así como lo acordaron, se hizo; y el arquitecto, D. Martín Pastells, presentó a la Junta un acabado estudio de obras necesarias de hacer acompañando al plano del proyecto.

—*Conforme a esto, ¿comenzaron luego las obras?*

— Parecía lo inmediato, pero no fué así. Era pasado ya un año y en Junta General de 10 de Agosto de 1890, por todo acordarse se acordó poner en el pórtico de la Ermita el plano del señor Arquitecto con un cepillo debajo y una inscripción así: «Limosna para la reedificación de la Ermita.» Tardó se llevaba el asunto y en espera de algunos años para poderlo rematar. ¿Rematar digo? Más bien dijera comenzar y acertaría. Por más que ni de comenzar se llevaba trazas. Bien estará decir, sin embargo, que acuerdos no faltan, ni determinación a la empresa tampoco, estando sin duda en la mente de todos aquel consuelo de muchos que ha cristalizado en frase: «Poco a poco se va lejos.» Y aquí no era menester ir muy lejos; con ir Val adentro y hacer la Ermita, bastaba.

—*Pero, y el pueblo ¿qué hacía?*

— ¡Oh! el pueblo iba conociendo la necesidad de su fé, que le gritaba en el corazón,

llamándole ingrato. Y era el pueblo el que movía la Junta en torno a la idea; y el que no se avenía bien con ir despacio en asunto de tal monta para sus religiosas creencias y encantadores cuanto purísimos regocijos. El pueblo metía prisa y armaba polémica, y comenzó a criticar el que no se diese pronto empleo a las limosnas que para la Ermita se recogían. Sabido es lo que influye la opinión del pueblo en las empresas públicas; no es, por tanto de maravillar que si llegó a formalizarse y a tomar cuerpo la idea de restaurar por tercera vez la Ermita, se le daba casi totalmente al pueblo de Alcalá, que lo tomó de su cuenta e hizo que se fuese abriendo paso la justicia de su historia y el amor de su Madre. ¡Plegue a Dios, Señor nuestro, que siempre tome a pechos el pueblo causas así de justas, de nobles y de santas!

— *Pues luego, ¿en qué se conoció la intervención popular?*

— *En todo lo que desde aquí hasta el fin iremos diciendo, por cuanto al pueblo fué verdadero barómetro, que ha precisado al detalle con sus movimientos de opinión la rosa de los tiempos de la Ermita.*

— *¿Cuándo entró en actividad el proyecto?*

—En aquella buena Junta de 15 de Agosto de 1891, cuando se nombró a los señores D. José Mablona, D. Félix Huerta y don Martín Pastells, para que visitasen en comisión al Excmo. Sr. Obispo de Madrid-Alcalá y le dieran cuenta de los deseos vivos del vecindario complutense. Fué también en esa misma Junta en la que D. Andrés Rosado hizo el ofrecimiento del terreno de su heredad para levantar la nueva Ermita, con tal de que pasase a ser exclusivamente propiedad de la Cofradía. ¡Y a que buen precio le habrá pagado la Virgen en la otra vida el pié de terreno que tan generosamente le donó el señor Rosado para su Ermita en su alameda! He aquí un rasgo que merece apuntarse y aplaudirse y jamás olvidarse ¿Véis? ¿Véis como tiene hijos Alcalá? ¡Buen camino dejó abier to D. Andrés, a los ricos de su pueblo...!

—*¿Qué otras cosas merecen citarse?*

—Por entonces cedió el Ayuntamiento unas verjas para el Santuario; y D. Manuel Mateos, Prioste que fué de la Hermandad de la Virgen, regaló asimismo para ser rifada en beneficio de las obras próximas a empezar una yegua de 8 años y de raza española. Este mismo Hermano regaló al año siguiente una potra negra de dos años; cuyas papele-

tas de rifa se dieron a cincuenta céntimos una. Fué por esos años de 1893 cuando se hizo la espadaña nueva y se colocaron tres campanas. Y también entonces fué cuando se compraron candeleros, alfombra y araña de cristal y las cintas de seda del estandarte de la Virgen. D. Nicolás Fernández, regaló dos banquetas largas y una corta, para el presbiterio de la Ermita; y D. Vicente López, dos guiones de metal blanco para las procesiones de la Hermandad.

—*Pero, y de las obras, ¿qué?*

—Pues de las obras os diré lo que recuerda un acta de la Junta de 6 de Noviembre de 1895. Tomó en ella la palabra el elocuente canónigo de la Magistral D. Luis María Fernández, para proponer tras movida discusión, que había sonado la hora de comenzar la tercera restauración de la Ermita del Val; y en consecuencia que había que hacer prácticamente algo. Y este algo vino a ser fruto de los siguientes acuerdos: 1.º Sin demoler la Ermita vieja, ir edificando la nueva, quedando aquella rodeada por ésta con el fin de seguir sin interrupción prestando el tradicional culto a la Patrona, y desapareciendo luego la Ermita vieja, cuando estuviere la nueva levantada. 2.º Nombramiento de una Comi-

sión con amplias facultades para sumar recursos con que abrir principio a las obras, constituyendo la Comisión los Sres. D. Luis María Fernández, D. Lucas del Campo, don Félix Huerta, D. Nicolás Fernández, D. Francisco Mínguez, D. Martín Málaga y D. Baltasar Rodríguez Salinas. 3.º Iniciar una suscripción voluntaria entre los allí reunidos, que diese principio a la suscripción popular. Con aplausos de todos y aceptación unánime se tomaron estos acuerdos, que al instante fueron puestos en ejercicio.

— *Decis que al instante*

— Si, por cierto. La Comisión quedó nombrada y la suscripción hecha, conforme a la siguiente lista, que insertamos, por la que se podrá ver lo que cada uno fué ofreciendo:

D. Francisco Mínguez, una cuadrilla de albañiles durante una semana y un carro con dos mulas, por el mismo tiempo para portear materiales.

D. Gregorio Mínguez, igual donativo.

D. Andrés Rosado, doce portes de piedra en carros.

D. Francisco Gil, 50 pesetas por una sola vez.

D. Manuel Ibarra, la cal necesaria para las obras y además una cantidad en metálico

que no se expresa en los libros, por olvido tal vez.

D. Luis María Fernández, 125 pesetas por una sola vez y 12 pesetas con 50 céntimos al mes en tanto durasen las obras.

D. Félix Huerta, 5.000 ladrillos por una sola vez.

D. Calixto García Lablanca, 50 pesetas por una sola vez.

D. Baltasar Rodríguez Salinas, en su nombre y en el de su hijo D. José, 125 pesetas.

D. Martín Málaga, el importe de los cristales y su colocación en el Santuario que se levante.

D. Martín Pastells, 5 pesetas todos los meses y sus trabajos como arquitecto en la dirección de la obra.

D. José Flores, 5 pesetas por una vez sola y 50 céntimos mensuales hasta terminar.

D. Eusebio Pareja, D. Isidoro Domínguez, D. Mariano Fernández, D. Francisco Buendía y D. Melchor Fernández, 5 pesetas por una vez cada uno.

—*Bien; pero, ¿y las obras comenzaron?*

—Comenzaron, sí; ahora que destinadas a ser en breve suspendidas. Era este año ya de 1896. Hasta el 15 de Enero de 1899 no se

vuelve a encontrar en las actas de la Hermandad nada nuevo referente a las obras de la Ermita. Y tiene su natural explicación; por cuanto que, ocupados los hijos de Alcalá en rendir el homenaje de su adoración a las Sacratísimas Formas Incorruptas de la Iglesia Magistral, en su tercer solemnisimo Centenario, (1) no les debió parecer bien restar entusiasmo a una tan celebérrima fecha de un más celebérrimo suceso, que significa la entronización altísima y perpetua de la Eucaristía en Alcalá. Y se dieron todos devotísimamente a Dios, amor y vida del pueblo, concediendo una tregua plausible a la obra de la Casa de su Madre.

— *Y, luego que las fiestas pasaron, ¿se volvió a pensar en la ermita?*

— Naturalmente que sí, aunque con un poquito de calma, disculpable asimismo por la lentitud con que se hacía la colecta de limosna para las obras.

— *Y ¿qué dectó que pasó en 1899?*

— Pues que D. Félix Huerta, uno de los hijos de esta nobilísima ciudad, que más y mejor han sentido las glorias tradicionales de su pueblo, en junta de 15 de Enero expuso

(1) Le celebró Alcalá espléndidamente en el mes de Mayo de 1897 con fiestas de culto divino y torneos de letras y de arte.

la necesidad de continuar las interrumpidas obras; y pidió que se ampliase la comisión que presidía el canónigo D. Luis María Fernández, al que se hizo entrega de 500 pesetas para reanudar los primeros trabajos. Y nombrados para integrar la comisión restauradora lo fueron los Hermanos, D. Juan Guiso, D. Anastasio Hernández, D. Julián Lobo, D. Pedro Ruiz y D. Cipriano Grima, los que se aprestaron a luchar sin tregua con tal de sacar adelante de una vez su inmejorable propósito.

—¿Lo consiguieron al fin?

—¡Ayl que no. Ni se dice por qué, ni vale la pena saberlo; mas luego de mucho trabajar la comisión hubo de ver cómo a la postre segunda vez se suspendían las obras, segunda vez comenzadas. Y para que se vea también cómo había invadido el desaliento los pechos más esforzados en dos años cabales de paro forzoso, citamos como dato pintoresco, que la junta de 17 de Agosto de 1902 acordó se retejase la Ermita vieja y en su recinto se hiciere obra de reparo general; es decir, las chapuzas anuales, en las que se gasta de antiguo la Hermandad muy bonitas pesetas. ¡Qué tal andarían de ánimos los cofrades, que, cuando era su deber dar a la

Virgen y al pueblo la Ermita nueva, se justifican lavando la cara de la Ermita vieja, y pretenden quitarle las hendidias arrugas de los años y pintarle las canas a la cabeza de su tejado y arreglarle un coquetón bisoñé de tejas nuevas para que presuma... y ponerle unos tirantes al desvencijado cuerpo de la decrepita, y quedársele mirando y pretender lo mire también el pueblo, y decirle mientras lo mira: la verdad que la Ermita tan vieja y mala no está; puede ir todavía tirando...! ¡Ah! queridos cofrades, no es para eso precisamente para lo que os habéis reunido en comisión.

—*Sin ponerlos patético ¿me queréis ir contando lo que sepáis?*

—¿Por qué no? Ya estamos en 1903 y han pasado 15 años, bien cumplidos en tentativas de restauración. Llega el 15 de Agosto y el Prioste de aquel año da la voz de alerta y dice que ya pica en historia la reedificación de la Ermita, y es menester acabar de una vez con lo que hace tiempo debiera estar acabado. Tiene mucha razón. Ahora se nombran dos comisiones; de la primera forman parte los Sres. D. Eugenio Casas, don José Flores, D. Anastasio Hernández, D. Mariano Gallo, D. Lorenzo Casas y D. Félix

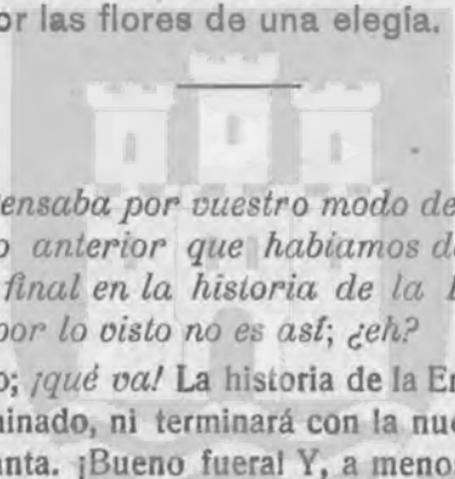
Plaza. De la segunda entran a ser el Sr. Prioste, D. Martín Pastells, D. Francisco Mínguez, D. Félix Huerta y D. Martín Málaga. Esta segunda comisión es la técnica, la otra, colectora de donativos y limosnas. Se toman dos acuerdos en principio, a saber: publicar circulares y pagar con lo que se recoja las deudas que dejó pendientes la comisión de años atrás, ¿Os parece que con este segundo acuerdo se puede pensar en comenzar por tercera vez las obras de la Ermita? Lo que fuese la comisión primera recogiendo, lo tenía que ir sucesivamente pagando a quienes se les debían cantidades anteriores. Esto, sobre significar un bochorno, resultaba papel desairadísimo para los respetables y dignos Hermanos que la comisión constituían. Vienen luego y entablan discusión movida sobre lo que ha de dar la Hermandad. Unos que 500 pesetas, otros que 1.000. Decide al fin D. Luis Morcillo; y, a propuesta suya, se acuerda que la Hermandad dé las 1.000 pesetas. Antes de levantarse la sesión se nombran dos Hermanos más para la Comisión colectora: D. Pedro Bruyel y D. José María Vicario. Salen los reunidos de la casa del Prioste, se las prometen felices, se reparten circulares por el pueblo, comiézase a pedir, comiён-

zase a dar... Van unos obreros y colocan unos ladrillos. Otros matan la cal. Aquel cuelga unos andamios. Este lía un cigarrillo... ¡Por tercera vez dan principio las obras de la Ermita...! Vamos a ver que pasa. Con esto llega el 1905. Un Hermano se va fuera de Alcalá, otros Hermanos se van... al Cementerio. La Junta ya no se reúne, ni en la Ermita se trabaja... El pueblo da en volverse pesimista y... aprieta los bolsillos. Aquí se ha repetido la fábula del pastor, que dos veces llamó a los labradores, pidiéndoles auxilio contra el lobo. No era verdad, el lobo no venía, les había engañado. La tercera vez vino de verdad el lobo, llamó a los labradores y ellos, escamados, no acudieron... El lobo le mató las ovejas... Aquí el pastor es la Hermandad, los labradores el pueblo, y el lobo... yo no sé quien es el lobo, pero el caso es que allí mató las ovejas y aquí se quedó la Ermita sin hacer... ¡Ay! no, no; a un pueblo *tres veces* así no se le burla; porque luego le vais a gritar y no escucha, le vais a llamar y no viene, le vais a pedir y no dá... Y yo, la verdad, lo siento solo por la *Virgen Pobre*, que a este paso se queda para siempre sin Ermita...

PARTE CUARTA

BIBLIOTECA

Que trae noticia de la tercera restauración, de la que salió una Ermita de «tén-te, mientras cobro», pero Ermita digna del telón de fondo de los cerros, ante cuyas ruinas recién aventadas deshoja el autor las flores de una elegía.



—Pensaba por vuestro modo de terminar lo anterior que habíamos de hacer punto final en la historia de la Ermita; pero, por lo visto no es así; ¿eh?

—No; ¡qué va! La historia de la Ermita no ha terminado, ni terminará con la nueva que se levanta. ¡Bueno fueral Y, a menos que el pueblo se avenga a ser descalificado en toda línea de honor, tiene que acabar de hacer la Ermita y añadir otras nuevas páginas a la historia de su amor a la Patrona.

—¿De modo que por fin se hizo la restauración tercera?

—Os diré; se hizo en la ruinoso Ermita una reparación a estilo de chapuza, pero con ho-

nores de reedificación; porque se taparon grietas y boquetes, se niveló el pavimento, se dió una mano de brocha por dentro al santuario y un encalado por defuera, con un general repaso a coro y altar; sin que se olvidaran del adecentamiento del pórtico de entrada, cuyos umbrales hubiéronse de elevar, buscando así el que mejor contuvieran las avenidas del Henares; y poniendo mayor seguridad en sus puertas claveteadas y firmes, en las que abrieron unas mirillas o ventanas, por las que gustaban de curiosear los ojos de los que con frecuencia iban al Val en días de asueto y no solían volver sin rezar a la Virgen una plegaria.

—Y, ¿a esa Ermita es a la que llamáis...?

—Sí, de «*tente, mientras cobro*», que es como suele decirse a las cosas mal hechas o de prisa o destinadas a durar muy poco.

—Entonces ¿duraría esa ermita escaso tiempo?

—No os digo más, sino que al año siguiente de haberla de ese modo restaurado, ya trataron los Hermanos de hacer una Ermita nueva de verdad, continuando las obras, comenzadas en 1896 y tres veces más interrumpidas.

—Y ¿dónde edificaban la nueva Ermita?

—En derredor de la vieja, con el fin de aprovechar su favorable emplazamiento, luego que se alzaren los nuevos muros, entre los que debían quedar los antiguos para ser derruidos, y hacer de las dos ermitas una sola, más amplia y esbelta, donde tuviera la Santísima Virgen su campestre morada y el pueblo la rústica vivienda de su espíritu, colmada de fé tradicional y de embriagadora poesía.

—Noto que habéis dicho «edificaban»; ¿por qué no decís «restauraban», como otras veces?

—¡Ah! porque ya ésta de ahora no es restauración de la antigua Ermita del Val. Esta de ahora, cuyas obras datan de 1896 y van a ser, con el favor de Dios, concluidas en 1928, es edificación de nueva planta con nuevo estilo, de nuevas proporciones. La Ermita del Val, tradicional y clásica, rústica y sencilla desapareció de la alameda. Parecen habérsela tragado los cerros, o llevádosela el Henares en el cauce de las aguas.

—¿Cómo es que decís eso?

—¡Ah! porque así es. Y con nosotros lo

dice cualquiera, con que se asome y vea la Ermita que se levanta.

— *Qué gno os gusta?*

— ¡Preguntais cada cosa! No es que no nos guste. Nos gusta lo bueno. Y bueno es el proyecto de D. Martín Pastells, (1) al que responde la Ermita nueva, con las modificaciones que ha sido fuerza últimamente introducir si había de acabarse de hacer; que de otro modo iba el negocio para largo. Ahora que, a pesar de ser bueno el dicho proyecto, no nos convence para ser realizado en la alameda del Val.

Hubiéramos querido allí otra Ermita, y no: la que se levanta. Otra Ermita que... fuera ermita, y no catedral, que es lo que dá de sí el plano del Sr. Pastells. Cuando nos llevamos un desengaño con alguno, que nos parecía menos de lo que era, solemos decir la frase:

«Este parece ermita y es catedral».

Pues aquí, mirando a la del Val, habrá que decir lo contrario: «Esta parece catedral y es... ermita». Nada más que ermita. Pero, como no lo parece, decimos que no nos gus-

(1) Entre otros títulos y empleos de mérito fué D. Martín Pastells, profesor de la Escuela de Arquitectura y arquitecto municipal de nuestra ciudad. Ya murió. Descanse en paz.

ta. Ahora que, como «de gustos no hay nada escrito»...

—¿Qué Ermita, pues hubiérais querido?

—La que piden los cerros, que son su telón de fondo. La que reclaman los olmos que son sus centinelas. La que desea el Henares que bordea los contornos de la campiña. La que necesitan los vencejos y los pardales para poner sus nidos bajo sus tejas vanas. La que busca el cuclillo para ponerse a cantar el tiempo a la ventana de su tronera. La que quiere la lechuza para entrarse por la reja de su coro a chupar el aceite de su lámpara... La ermita tosca en su fábrica, rústica en su ambiente, pequeña en su capacidad, sencilla en su ornamentación. La ermita pueblerina, baja de techo, récia de muros, de átrio cubierto y cancel enladrillado. La ermita campesina y pastoril, blanca y alegre, como nido de almas y remanso de la vida... Ermita que tenga un camarín, a ras de cuya ventana se alce el tejadillo de la casucha del ermitaño. Ermita en la que el púlpito, de yeso duro, se incruste en la pared; y al que se suba desde la sacristía. Ermita, que ofrezca a sus devotos el agua lustral en una pila ruda de ancha boca; y recubra de alambreras sus ventanales; y tenga cornisas para

colgar exvotos, y escalera de ladrillo con baranda de yeso para su Coro, de suelo enyesado y antepecho de madera pintada de azul... Ermita... ermita, como la de San Isidro en sus eras, como la de Santa Lucía en la calle de la Tercia... Esas son ermitas. Y así hubiéramos querido que fuera la del Val.

—*¡Qué lástima! Y, ¿no habrá ya remedio?*

—Ya no le hay. Le pudo haber cuando presentó el autor su plano al Ayuntamiento y a los Hermanos de entonces. A todos pareció bien. Y si no, se lo callaron. Aún recordamos de cuan difícil agrado era aquel ábside nuevo, elevado sobre el tejado de la ermita vieja, para estar donde estaba. ¡El señorial estilo gótico imponiéndose al doméstico arte de la castellana ermitica! Muchos años estuvieron ambos puestos a la contemplación de los que cruzaban aquellas veredas. Y el plano fué admirado y comentado en los escaparates de la ciudad. Y nadie se acercó al autor para decirle:—«Mire, señor; es usted un excelente arquitecto. Su proyecto de Iglesia es admirable, si se hubiese de realizar en nuestra calle de Libreros. Pero, vea, señor, que es el campo el lugar de su emplazamiento. Y que se trata de una ermita,

no más que de una ermita, y que estamos en Castilla, siquiera sea la Nueva; y aquí las ermitas no suelen ser así... Esto le dicen al autor,—que pareció haber perdido la perspectiva entonces,—y él, competente como lo era, y bueno para escuchar indicaciones, reforma su proyecto y hace de verdad una Ermita. ¡Vaya si la hace!

—Y esas modificaciones que dectais antes?

—Sí; efectivamente han tenido que hacerse al plano antiguo. Si no se hacen, no se termina la Ermita en los siglos de los siglos. Porque esa es otra. Tras de no ser Ermita típica la comenzada en 1896, se llevó en su fábrica muy buenos miles de pesetas. Sus enormes proporciones de altura y espacio consumían materiales, que era un gusto. No se veía nunca el fin. Así que la Junta de Obras con indudable acierto acordó modificar el plano. Lo ha hecho el nuevo arquitecto municipal, Don José de Azpiroz a, quien aplaudimos calurosamente, como a la Junta que lo dispuso con el alcalde, señor Chamorro, al frente.

—Bien; pero ¿en qué consisten esas modificaciones?

—Consisten en haber cortado longitud al

santuario en casi una tercera parte y en haber adicionado al plano un pórtico de carácter rústico, casi una tercera parte.

— *Y ¿os parece bien eso?*

— ¿No ha de parecernos? Ahora es cuando vemos que la del Val es Ermita. Tiene al menos entrada de tal. Y no os parezca cosa fácil haber acertado a dar a la obra esa expresión. No sabemos cómo han de juzgar otros de este añadido. A nosotros se nos antoja que ese portalillo rústico es la gracia toda del santuario. En lo exterior al menos y en el conjunto.

— *¿Os dáis ya por satisfecho?*

— ¡Qué remedio! Echaremos siempre de menos una Ermita, como la que alcanzamos a ver desaparecer, que era en total la Ermita verdadera.

Esta de ahora será por nosotros bien recibida; porque lo que anhelábamos era, en fin verla terminada. No nos llena; la verdad sea dicha; pero no poco nos conforma su átrio. Ella en sí resulta fea, para vista de lejos. No guarda proporción la longitud con la descomunal altura.

Es corta, muy corta. Se adivina la falta de pesetas. Y se dieron muchas. Pero es corta por lo alta. Este es su mayor pecado mate-

rial. Parece sentir envidia de los cerros, a los que quiere sobrepasar. Y una ermita no debiera ser ni altiva ni envidiosa. ¿Verdad que no? No debe de ser altiva; porque la ermita es de suyo humilde. Tampoco envidiosa; la ermita se contenta con que la guarde y *la tenga ley* su ermitaño... Y además debe de ser pequeña, breve, reducida. No hay que pensar en que quepa en ella todo el pueblo. El culto tradicional de una ermita parece requerir que se celebre con las puertas de par en par, a las que se agolpe la multitud de devotos, y por las que entren las voces alegres de la romería a mezclarse con los rumores de las plegarias, y con el aroma del incienso el olor a churros calientes...

Cardenal Cisneros

NOTA.—En la página 61, línea 3.ª, van repetidas las palabras: «*cast una tercera parte*», correspondientes a la línea 1.ª, las que deben suprimirse.

PARTE QUINTA

Hácese memoria de una **Sedición Caballeresca**, que hubo en el Val en un día de romería, después de una merienda. Y de cómo se pusieron de parte de los rebeldes las damas de Alcalá.

—Pero ¡cómo! ¿una sedición...?

—Sí; no os asustéis. Una sedición. . caballeresca, que constituye una nota peregrina en este capítulo de historia de la Ermita, y está muy en nuestro carácter.

—¿Me la vais a querer contar?

—Vaya que sí. No cumpliría con menos. Y os anticipo que, gracias a esta *postura*, que hemos llamado *sedición*, porque aunque no lo sea, se lo parece, adoptada por algunos Hermanos del Val, de los que abajo se hace mérito, el problema de la Ermita entró en vías de solución. Y desde entonces, que poco que mucho, no se ha dejado ya nunca de la mano.

— *Y ello ¿qué fué?*

— Pues fué, que en las fiestas del Val de Septiembre de 1912 se les ocurrió a los predicadores de los dos días sacar a colación en el púlpito el asunto de las obras. Y en la *juntila*, que es costumbre celebrar después de las fiestas en la sala del Camarin, mientras se toma un *amarguillo* y se bebe una copa de Jerez, se hizo ambiente de llevar a Junta general de la Hermandad la propuesta de ambos predicadores.

El segundo día de las fiestas se reunieron a comer después de la Misa los Hermanos D. Gregorio Gallego, D. José Rodríguez Salinas, D. Samuel Ramos, D. José M.^a Vicario, D. Vicente Guijarro, D. Pedro Martínez Esteban, (en paz descanse) D. Mariano Gallo-Alcántara y algún otro más. No hubo allí otro tema, mientras comían, que el de las obras, comenzadas en 1896, tres veces suspendidas, muchas otras veces criticadas, envueltas en contradicciones, faltas de dinero y sobradas de egoismos, alrededor de las cuales se había hecho silencio, y sobre las que pesaba el oprobio de una calamitosa dejación. Cuando llegó la hora de brindar en aquella comida campestre, levantó su copa

don José R. Salinas, y en unos improvisados párrafos, que le salieron muy llenos de verdad y de emoción, arengó a los allí presentes en solicitud de apoyo para iniciar una campaña en favor de la Ermita. Bastó eso para encender las voluntades de todos, que se dispusieron a sacar de su postración a la Hermandad, dando los pasos que fueran menester. El Sr. Rodríguez Salinas, que además de fabricante de almendras garapiñadas, es un orador fogoso de concepto fácil y tonos mitinescos, inauguró allí un torneo de palabra, del que los comensales fueron al par oradores y oyentes. Allí fué de oír el señor Gallo-Alcántara, que juzgaba necesario adoptar una actitud como aquella, y hacerla pública en Alcalá, como estimulante de ciudadanía. Allí D. Samuel Ramos, se alzó para pedir la renovacion de la Junta, en la que debían entrar los más animosos y capacitados. Allí don Gregorio Gallego, abundó en razones de llevar adelante los acuerdos entonces tomados, haciéndoles pasar a conocimiento de la Hermandad para que los tuviera por buenos. Allí don José María Vicario, hombre moderado en todo, habló para recordar que «bueno estaba lo bueno»; pero que en asuntos así, donde tantos entran,

«había que andar con pies de plomo», y que «las cosas bien hechas, bien parecen».

Por el lugar del acto y la calidad de las personas tuvo aquello un aspecto marcado de sedición, como la hemos arriba bautizado; porque tan pintoresca junta ni Prioste tuvo que la presidiera, ni reglamento ni formalismos conforme a los que se celebrara.

Pero era sedición no tumultuaria, sino de caballeros, que se levantaban, no en arrollador empuje contra Instituciones ni Coronas, sino en obsequio diligente de la más alta de las Señora, como es en Alcalá la del Val.

—¿Cómo fué tenido aquel acto de rebeldía?

—Por muchísimos, por casi todos, por el pueblo fué tenido en alabanza. Por algunos, por muy pocos en locura; y aun para estos resultaba en total *una locura muy cuerda*, si se hallaba medio a la mano de dar a la empresa remate, después del tiempo transcurrido y de los fracasos amontonados.

—¿Y en qué quedó al fin aquello?

—Cinco días después volviéronse a reunir *los rebeldes* en el domicilio de la señora viuda de Vega, Doña Francisca Gallego de

la Fuente; y allí tornaron a ratificarse todos en sus anhelos, y recibido el santo y seña de «¡Por la Virgen!» y «¡Por Alcalá!» se despidieron para volver a reunirse con frecuencia.

—Pero, ¿y la Hermandad no se dió por enterada?

—Sí, precisamente Prioste aquel año lo era D. Martín Málaga, que había pertenecido a Comisiones de restauración y del que se hace honroso mérito en este libro. Y el señor Málaga estimó procedente la noble postura de *los rebeldes* y les prometió llevar a la Hermandad sus propósitos, como lo hizo no tardando; y así quedó definitivamente la idea que inspiró *la sedición del Val* incorporada de lleno al programa de la Junta Directiva. Y *los rebeldes* se dieron por satisfechos, al parecer, en sus aspiraciones y el pueblo esperó ver en la gestión del Sr. Málaga en su calidad de Prioste y alcaláino y aparejador de obras el asunto de la Ermita felizmente terminado. Y pasó tiempo y más tiempo, y... dejó el cetro el Sr. Málaga, y... ¡la Ermita sin hacer y las obras sin empezar! Bien sabemos que no fué por su culpa; que dispuesto estaba el Sr. Málaga, como el primero, a todo cuanto hubiera que hacer, pero las cosas no estaban como para ir de prisa.

—¿Qué sucedió, pues?

—Sucedió que volvieron a subir al púlpito los sacerdotes, y salió de sus labios la misma queja. Era entonces por Septiembre, cuando se movía en la Hermandad y en el pueblo la discusión de la Ermita. Lo cierto era que las fiestas del Val iban tomando cada vez aspecto más animado; y se hacían más populares de día en día. Indudablemente se preparaba lo que después ha venido: la identificación del pueblo en el amor de su empresa de hacer la ermita de la *Virgen Pobre*. Y el que se tardara esta vez algo en comenzar lo que tanto se deseaba por todos, admite una leve disculpa. Y así ved cuán benignos somos en el juzgar. Del año 1913 al 1917 no faltaron ciertamente acontecimientos centenarios que conmemorar, ni obras populares que hacer. Absorbe las iniciativas de pueblo y autoridades en 1913 la conmemoración de los cien años de la batalla del Zulema, ganada por el Empeinado en Alcalá contra los franceses a los que vergonzosamente hace huir, dejándonos estos antes a los complutenses el amarguísimo recuerdo de un sacrilegio por ellos cometido en el Real Monasterio de Bernardas, del que fué inocente víctima Jesús Sacramentado la no-

che del 20 al 21 de Abril de 1913, (1). Seguido a este acontecimiento viene aquel otro de las fiestas constantinianas, conmemorativo del Edicto de Milán, cuyo recuerdo solemnisimo se hizo en Alcalá por iniciativa de la V. O. T. de Penitencia. (2) Y luego en disponer y celebrar, bien que humildemente, otros dos centenarios pasan tres años más y nos hallamos en 1916, en cuyo año nos sale al paso nuestro Miguel de Cervantes Saavedra, pidiéndonos algo con que rendir tributo a la tres veces secular fecha de su muerte. Los terciarios hacen un programa de recuerdo en honra de su hermano de Hábito don Miguel, y otro hace también el Ayuntamiento, y ambos se cumplen. No salimos de la impresión que nos deja Cervantes, y hete aquí a Fray Francisco Ximénez de Cisneros en el 4.º Centenario de su muerte (8 de No-

(1) En la memoria de todos está, por ser cosa reciente, la solemnidad con que fué conmemorado este centenario. Y en el Monasterio de Bernardas hay en el presbiterio dos lápidas que lo perpetuan.

(2) Los terciarios celebraron un triduo en las Ursulas a honor de la Cruz del Redentor en los días 12, 13 y 14 de Septiembre, terminando las fiestas con una grandiosa procesión del *Lignum Crucis*, con el que se dió la bendición al pueblo en la plaza de los Santos Niños. Hay en las Ursulas una Cruz de madera y una inscripción al lado que lo recuerda.

viembre de 1917) demandándonos una fervorosa conmemoración. El Cabildo Magistral y el Ayuntamiento y los Terciarios, vuelta otra vez a organizar homenajes muy justo sen memoria del eminentísimo Purpurado franciscano. ¿Cómo, con todo esto, y dando tan poco de sí el tiempo veloz ha de poderse pensar en restaurar la Ermita, que apremia también, pero no tanto como los plazos fijos de las fiestas centenarias de Alcalá? ¿Os parece bien que disculpemos la tardanza? Pues, disculpada queda; y vamos caminando...

¿Con que por fin se llegó seriamente a pensar en la Ermita?

—¡Digo! Apenas se apagaron los hachones que ardieron junto al sepulcro de Cisneros, aquel mismo día del Responso final que cantó nuestro Sr. Obispo D. Prudencio Melo y Alcalde, (16 de Noviembre de 1917) tres horas después de salir de la Insigne Magistral abrió su puerta el caserón solariego de la señora viuda de Calzada (q. e. p. d.), la que mereció llevar su nombre vinculado a esta moderna historia de la Ermita; y en los amplios salones del señorial domicilio fueron galantemente recibidas las damas de Alcalá convocadas a junta, en la que al fin queda-

ron reunidas entre un brillante coro de preciosas muchachas. Y quien las vió asistir y supo a lo que iban las señoras, pensó, y no con engaño, que los planes de restauración lograban su empuje definitivo.

— ¡Ah! ¿Con que las señoras lo tomaron a su cargo?

— Ciertamente que sí. Tan a su cargo, que, por lo que iréis leyendo, se debe a ellas de modo principal cuanto en la Ermita se haga. Entra en fase tan simpática el proyecto de restauración, que ha de atraer las atenciones y merecer las unánimes ayudas, toda vez que a su frente se han colocado de modo avasallador las nobilísimas mujeres con el encanto de su fé y el gesto de su españollismo, decididas a renovar las glorias pretéritas de las mujeres de su raza, dando de paso a los hombres un ejemplo de civismo y queriendo como decirles entre sonrisas de compasión: ¡Vamos, que si no fuese por nosotras...!

— Pero, y los hombres, ¿qué hacían?

— Perezosamente moviéndose, como quien teme tropezar, cuando notaron que las señoras tomaban en serio el asunto, decidieron ponerse a tono trabajando con ahínco. Y convocados por el Prioste, que lo era ese año (1917) D. Jesús Gallego, amante de su

pueblo como el que más, se reúnen los Hermanos en escaso número, más con crecido entusiasmo; y acuerdan añadir a la rutina del programa con que tradicionalmente se celebra la romería del Val bellas notas de piadoso y poético colorido regionalista, organizando con ocasión de las fiestas de la Patrona una gran Asamblea de afirmación católica, española y complutense, acto transcendentalísimo que había de marcar la dirección única de la vida castellana de Alcalá, mitin imponente a favor de nuestros lares, junta magna de todo el pueblo a la sombra de la Ermita convocada, y a cuyas estrofas de vida pusiesen acompañamiento los murmullos del Henares. Así resultaría la Ermita del Val la Covadonga de nuestro pujante resurgimiento. Este acuerdo peregrino halló eco en las páginas de un semanario, que por entonces comenzábase a editar con esos mismos castellanos ideales; y que para más y mejor ostentarlos había nacido al mundo de la prensa local llamándose «Castilla».

— *Esto me interesa mucho; ¿queréis seguir?*

— *En ello tengo placer; Pues digo, que la Ermita del Val y el periódico «Castilla» se hallaron en el camino; y tal cariño se tuvie-*

ron apenas conocidos, que ni la Ermita en sus dilatados años pudo confiarse a quien más la defendiera, ni otros mejores puntales tuvo para no acabar de hundirse por siempre jamás que las robustas columnas de «Castilla», ni tampoco hubo más digno asunto a que aplicar los bríos del periódico, ni tema más propio en que gastar la herencia de su castiza literatura. La política le hizo morir en flor, envenenándole la vida. Pero enfermo y todo, y falto de asistencia y de recursos, aun cuando no de lectores, el periódico «Castilla» movió los ánimos de todos en la magna Asamblea que preparó, hizo la original rifa de muñecas, organizó una preciosa Velada teatral, llenó la Plaza de Toros de público contribuyente a una becerrada en favor de las obras de la Ermita, y empleó todas las titulares de su imprenta en hacer reclamos y todos los tipos de letra de sus talleres en componer *cosas* del Val, como si otro asunto no tuviera en que ocuparse, ni otra misión a la que atender. Y a todos los de su Casa les llevó a que recibieran la medalla de Hermanos de la Virgen Patrona. Y esto más: de la misma política, que le dió la muerte, alcanzó el periódico «Castilla» un espléndido donativo en pesetas para la Er-

mita. Lo que dicen que le valió que se acelerasen las horas contadas de su vida. Y la espina que se le atravesó al morir fué la de tener que desaparecer sin contemplar la Ermita terminada...

Tal y tanto hizo «Castilla» por el Santuario del Val, que buena parte de estas noticias que os damos en respuesta humilde a vuestras preguntas las recogemos de las ediciones de dicho malogrado periódico, que se sirvió prestarnos delicadamente nuestro culto amigo D. José María Vicario, a quien tuvo «Castilla» de meritisimo redactor.

— *Y de los otros periódicos de Alcalá, ¿qué me decis?*

— Pues que ayudaron y ayudan a la obra de la restauración del Santuario desde su principio. El Val es un punto de coincidencia de todos los criterios. No hay en Alcalá, al presente, publicación de las llamadas «de izquierda», por sus tendencias liberales o resueltamente revolucionarias; si la hubiera, sería lo mismo. En el asunto de la Ermita todos han de hallarse conformes. ¡Cuanto más no se hallarán, siendo como son los periódicos locales! En el semanario «El Amigo del Pueblo», tuvieron acogida favorabilísima los asuntos del Val. Aplaudió los acuerdos, se-

cundó las campañas y sumó las voluntades de sus antiguos lectores a los proyectos de la Hermandad de la Virgen, que eran en total los de fabricar la Ermita digna que anhelaba el pueblo.

Pues en el decenario «El Eco de Alcalá», se ha hecho patente asimismo el interés por la Ermita. Fuera de que su activo director es propulsor entusiasta de los acuerdos de la Hermandad, cada tirada de su periódico renueva la propaganda de la reconstrucción del Santuario. Iniciativas, orientaciones, comentarios, listas de subscripción, noticias, balances, todo tiene cabida en las páginas de «El Eco de Alcalá», que en algunas de sus salidas no parece sino un verdadero «eco» de lo que se hace en la alameda de la Patrona.

También el «Boletín de la Mutual Obrera Complutense» sirve a los intereses de la Ermita con decidido empeño. Ha incorporado a la empresa de levantar el nuevo Santuario campestre a la numerosa y digna clase de sus lectores, de los que consiguió recoger adhesiones y entre las que hizo y hace una muy laudable labor de propaganda, que ha de ser mirada por todos con absoluta simpatía.

Así que, como veis, la Ermita del Val cuenta con la potente ayuda de la prensa periódica, de la que depende en mucha parte, casi en toda, el éxito de las empresas populares.

—¿Y de aquella reunión de las señoras de que me hablábais antes...?

—¡Ah! sí; pues veréis. Tomaron tan a su cargo ellas el asunto de la ermita, que menudeaban sus juntas y crecía su interés por el comienzo de las obras. En la elegante vivienda de los Sres. de García Valladares, de nuevo reunidas las señoras trazaron un programa, cuya síntesis era esta: *levantar la ermita cuanto antes*. Y ahí las teneis de casa en casa, puestas a la vanguardia de las filas de restauradores, agrupadas en Congregación con medalla blanca y cinta celeste. Una Comisión pidió al Sr. Abad que autorizase los sábados por la tarde, después del Coro de la Magistral, el rezo del Rosario y el canto de la Salve, a modo de rogativa por el éxito de las obras. Entonces se las vió asiduamente a las piadosas doncellas de Alcalá tejer ramos de flores y colgar guirnaldas y disponer de luces para el altar de la Virgen Patrona. Y tocaban las campanas a media tarde los sábados y acudían las almas

a la original y popularísima rogativa del Rosario y Salve... Volvían de nuevo los días de los primeros tiempos de la Ermita, en cuya memoria deshojamos unas flores de nuestro jardín y cantamos unas últimas endechas...

— *Bien; ¿pero se iba dando algún paso?*

— ¿No había de darse? ¿Os parece poco formar ambiente de simpatía? Ese año (1917) hubo Misa en la Ermita los días que allí estuvo la Santísima Virgen en novena y se cantó todas las tardes la Salve, cuyos ecos sonaban a victoria entre aquellos barrancos recogidos. La mañana del 23 de Septiembre fué a la rústica Ermita el Rosario de la Aurora. En la circular de la Orden del mes en que se les convocaba para este acto a los fieles asociados del Rosario Perpetuo, se decía por final: ¡El 23 de Septiembre será nuestro! A sus primeras luces se movilizará la guardia real de la hermosa Virgen María, templará las cuerdas de su oración sublime, armará su cielo con el escudo del sacrificio, entonará sus himnos marciales y en admirable desfile de patriótico colorido, hará junto a las márgenes del Henares y a los pies de la Virgen del Val el solemne juramento de levantar «una Ermita para su Pueblo y un Pueblo para su Ermita»...

Y como se anunciaba se hizo, constituyendo la peregrina jornada un momento de intensa religiosidad, del que participaron un sin número de almas de toda clase, edad y condición, de las que se pudo decir, viendo su sacrificio matutino, que «el celo por la Casa de la Virgen las devoraba». Que por Ella y por su Casa habían ellas tan temprano salido de las suyas.

—*Decidme: ¿cómo es que toma el Rosario Perpetuo parte tan principal?*

—Ahí véis. No sabré responderos fijamente a eso; aunque sí os diré que desde que ayudó el Rosario a vencer en Lepanto todas sus victorias me parecen descontadas por lo seguras. Y aquí la restauración de la Ermita significa una victoria, obtenida con armas de fé y oración y sacrificios, que son cabalmente los dones de devoción tan española. Podéis añadir, que al frente de las numerosas almas aquí asociadas al Rosario Perpetuo está la infatigable Sra. D.^a Soledad López Martín, viuda de Salcedo, activísima mujer, de cuya piedad todo elogio es escaso. Alma ella del cuerpo de asociados los llevó hasta el Val, cantando el himno enardecedor de la gran familia que preside. Y de vuelta de aquella operación de su piadosa

milicia, que semeja en pequeño un episodio de las Cruzadas, distribuyó D.^a Soledad por Alcalá sus secciones y comenzó a pedir para la Ermita. En 27 de Diciembre, y en junta que presidió el joven Prioste D. Pedro Calzada, el Director del Rosario hizo entrega de 835 pesetas con 85 céntimos recogidas por los jefes de sección del Rosario. Y haced cuenta que la novena de aquel Octubre, tenida con esplendor inusitado por el Rosario Perpetuo en la Iglesia de Dominicas, se dedicó a la causa del Val íntegramente. Para el Val fueron las férvidas súplicas y el fruto de las Comuniones y las perfumadas notas de los cánticos y las exhortaciones del púlpito y lo recaudado en la mesa de petición... Formaban en aquel entonces la Directiva del Rosario con doña Soledad, la vicepresidenta doña Francisca Gallego, viuda de Vega, las Consiliarias, doña Francisca Alba de Villalvilla y la Srta. Juana Ferruz, la jefe de la 2.^a división Srta. Saturnina Fernández, la bibliotecaria, Srta. Dolores de Letona, la tesorera, doña Adela Conde de Ralero y la secretaria, señorita Leovigilda Surga, de cuya ferviente actuación la Virgen salió glorificada y la Junta de Obras del Val con no pequeña cuota favorecida.

—¿Cómo recibían los hombres esta noble actitud de las mujeres?

—Muy requetebién. Convencidos de que obra semejante había forzosamente de ser fruto de una gran corazonada, optaron ellos por ponerse a retaguardia, y dejar con exquisita galantería que fuesen las mujeres delante con su corazón. En Junta de 30 de Septiembre, habida en el domicilio de los Calzadas, se acuerda «nombrar una comisión de Señoras para la propaganda de la idea y la colecta de fondos». Por cierto que fué junta extraordinariamente concurrida, de la que sale nombrada una ponencia, para ¡por fin! llevar a la práctica el popular proyecto, avisándose con el señor Arquitecto municipal a quién corresponde autorizar cuanto se haga. De la ponencia son el joven Prioste, señor Calzada, el tesorero Sr. Gallego (D. Gregorio) y otro de los Hermanos de la Junta.

—Bien. Pero ¿con qué presupuesto se contaba para dar un paso así?

¡—¡Presupuesto! ¿Quién repara en pequeñeces, tratándose de una obra de Dios?. En tierra de Cervantes ha de darse más valor al ingenio que a los cuartos. Ingenio es, pues, lo que se precisa, que los cuartos ya pare-

cerán. De tan romántico principio arrancó la conducta de la junta de damas, recaudadora de fondos. Y asimismo fueron hallados «quijotes» los hidalgos caballeros andantes de la Ermita del Val. Si por algo merece la pena que sea escrito y entregado a la fama este libro, es, sin duda, por contener la leyenda de una singular aventura cristiana, en la que juegan papel unas damas de la «Ciudad segundona», (1) flor de la Nueva Castilla, y unos caballeros, a quiénes el Señor no fué servido darles lanza ni yelmo; mas con el don de la buena voluntad les hizo restauradores de la Casa de la más excelsa de las Señoras...

Mas, para que veais que a la vera de *don Quijote cabalga Sancho*, bien estará que os dé cuenta de la *prosa* con que hubo de ser mezclada la *poesía* en los proyectos de restauración presentados sucesivamente al estudio de la Junta. Tened, sin embargo por cierto, que ni *Sancho* pasó de ser escudero, al fin, de su dueño y señor D. Quijote, ni la

(1) Así bautizó a la ciudad de Alcalá el castizo escritor Ceferino Rodríguez Avecilla, fundador y director de «Castilla».

Y fué nombre bien traído y frase felizmente hallada que puso su autor de título al alcázar de perlas de su limpio romancero complutense.

prosa de los cuartos sirvió para más en el asunto de la Ermita, que para poner en vías de realidad la sentimental poesía de restaurar un rústico santuario. A la cual restauración cooperaron todos, quien más, quien menos [con rara unanimidad. En la que bien se echa de ver lo popular que es la Ermita de la Patrona.



Cardenal Cisneros

PARTE SEXTA

Tráense a colación los proyectos que se idearon de sacar dinero, con el que hacer la Ermita. Y de cómo unos fueron desestimados, y habidos otros en cuenta por la Junta de Obras.

—¿Cuántos proyectos fueron ellos?

—Siete, de que nos acordemos. El primero era el de abrir una suscripción general entre el vecindario, estudiando a la vez el medio de proporcionar trabajo a los obreros entonces parados, y que fuera precisamente en el Val, con la ayuda del Ayuntamiento y la de la Cocina económica. No prosperó este proyecto, no obstante la defensa que hizo de él «Castilla». — (Año I núm. 15 pág. 4.º)

El segundo proyecto consistía en *sacar dinero* por medio de las Cofradías y Congregaciones de la Virgen establecidas en Alcalá, buscando por ahí relacionarlas e interesarlas en la devoción y culto de la Madre y Patrona del Pueblo. También le razonaba «Castilla», pero no fué tampoco tomado en consideración.

El tercer proyecto, llamado de las «piedras preciosas», quería ser buena copia de lo hecho en el Cerro de los Angeles con el Monumento al Sagrado Corazón y en Madrid con la Basílica de Santa Teresa. Se trataba por él de interesar a los ricos, moviéndoles a costear piedras en la restauración de la Ermita, que por su alto precio se les decía «preciosas». En justa reciprocidad y para perpétua memoria expediríanse a los donantes títulos de Patronos, Protectores y Caballeros del Val.

«Piedras así—escribía «Castilla» en 15 de Diciembre de 1917—son preciosas; y por su significado dan solidez económica y moral a los proyectos de las hermosas restauraciones».

Se pensaba también, conforme a esto, inclinar el ánimo de los ricos a que se procurasen a tiempo un panteón en la Ermita nueva, que, salvados los necesarios trámites, contribuiría a la rápida y total terminación de las obras, por cuanto los ricos favorecidos con el enterramiento en el Val no habían de descuidar la construcción del Santuario, en el que iban a tener su cristiano reposo. Decimos de los ricos, porque son ellos, y no los demás, los que pueden permitirse el lujo de

tener sepultura fuera del cementerio común.

No fué tenido en cuenta.

El cuarto proyecto se llamó «de los cinco céntimos» y se redactó con arreglo a estas bases: 1.º Suscripción de cinco céntimos mensuales por el tiempo que duren las obras. 2.º Cada vecino de Alcalá y cuantos de fuera quieran contribuir lo harán en esa forma. 3.º Mensualmente se recogerá la suscripción a domicilio el primer domingo de cada mes.

Se discutió, se vió al fin que convenía, pero... se abandonó muy luego.

El quinto proyecto fué «de las becerradas». Este se aceptó desde el primer momento. Había de echarse de ver nuestra sangretora. Y fueron dos por entonces las becerradas que se dieron. La primera el domingo de *Quasimodo* de 1918 que fué un «*exitazo loco*» como dicen por ahí en animación y colorido y... a la hora de liquidar. (1)

Como nota curiosa damos copia del cartel que anunciaba la becerrada: «1.º Desfile ciclista. 2.º Lidia de tres escogidos becerros de la acreditada ganadería de D. Gumersindo Llorente, de Barajas (Madrid). Espadas: Félix Ramirez, Alfonso Revilla, Juan Pablo Alvarez. Sobresaliente de espada: Joaquín Mendoza. Banderilleros: José Vi-

(1) *Mil. ciento noventa y siete pesetas con noventa céntimos.*

Ilapún, Claudio Llorente, Joaquín Lledó, Mariano Manglano, Antonio Alvarez y Domingo Martín. Puntilleros: Celedonio Lablanca, Dámaso González y Benito Mendoza. Dirigirá la lidia el aplaudido matador de novillos Emilio Llorente (Bomberrito). Pedirán la llave los jóvenes Eliseo Llorente y Juan Lázaro. En el tercer becerro ejecutará la suerte del paraguas Claudio Llorente. 3.º Concurso de ramos por distinguidos ciclistas de la localidad. 4.º Carreras de pollos en bicicleta. (1) Una banda de música amenizará el espectáculo. Precios de las localidades incluyendo los impuestos: Barrera de sombra, 1,50, delantera de grada, 1,25; tendido de sombra, 1,15; tendido de sol, 0,80; medias entradas para niños y militares sin graduación, 0,60.

Las localidades para este festival se venderán en los establecimientos de D. Jacobo Gordo, Plaza de Cervantes, 30, y Nuestra Señora del Rosario, calle Mayor, 4. Presidirán la becerrada las encantadoras señoritas Elenita Moreno, María Fernández Maquieira y Borbón y Natividad Moreno.

La segunda, en la Pascua de Resurrección

(1) A propósito de las carreras de pollos en bicicletas, anunciadas en el programa, escribió D. Luis Delgado su hermoso artículo «En la cresta», que publicó «Castilla», (número 35, año II, página 4.º) dedicado por su autor al entonces Comisario Visitador de los Terciarios. El dicho artículo metió mucho ruido y suscitó no pocos comentarios. La verdad es que entre lo mucho y bueno que produjo la pluma de D. Luis destaca gallardamente su trabajo «En la cresta», por lo cristiano de su concepto y la fluidez expresiva de su forma. Con más, de ser espejo limpio en el que está el alma de su autor reproducida en toda su fina delicadeza.

un año después, a 20 de Abril. Esta fué la que organizó «Castilla» y que *hizo época* en el mundo de las becerradas por el absoluto lleno de la plaza y de la taquilla (1)

En el cartel se anunciaba la lidia de dos becerros con divisa azul y blanca, de la ganadería de D. Gumersindo Llorente, por las cuadrillas de los espadas, Juan Pablo Alvarez y José García Constante, de las que eran banderilleros Luis Madrid y Carlos Cuadrado, Francisco Morlán y Agustín Robles; y puntilleros Leopoldo Manzano y Adolfo Domenech. Seguía luego la lidia de dos novillos de la misma ganadería de D. Gumersindo, el de Barajas, de Madrid, por las cuadrillas de los espadas, Arnoldo von Engelbrechten, con sus banderilleros Teófilo Hidalgo y Manuel Iglesias (Manolillo), discípulos del exmatador Paco Frascuelo, que vino de asesor a la fiesta; y la de Adolfo Morlán, con sus banderilleros Francisco Estola y Alfonso Eirás y el puntillero Félix Huguet (Chichova). Luis Freg, el valiente torero mejicano, dirigió la lidia. En uno de los novillos hizo la suerte de Don Tancredo el ex-banderillero Enrique Rodríguez (Cordobés).

Una nota pintoresca la daba la presenta-

(1) Dió de sí mil novecientas quince pesetas con noventa y cinco céntimos.

ción del aficionado alemán que se llevó las primeras palmas de la tarde. No hubo pitos.

El sexto proyecto fué «de rifas». En Junta de 22 de junio de 1918, el inolvidable don Mariano de Pedro, (q. e. p. d.), propuso hacer una rifa de 30 monedas de oro en una sola serie de 3.000 papeletas. En 23 de Enero de 1919 se hizo el sorteo en la Plaza de los Santos Niños a presencia del Prioste don Pedro Nadal, numerosos Hermanos y muchísimos vecinos. Y fué acto sin protesta de nadie y a satisfacción de todos.

Y otra rifa original fué «la de las muñecas» de «Castilla», ideada por su director D. Ceferino Rodríguez Avecilla, y dirigida por su malograda esposa D.^a Carmen Cuesta. No se vió en Alcalá nunca un tan original concurso, al que prestaron su gentil cooperación todas las bellas hijas de la ciudad, enviando muñecas lindamente ataviadas con trajes regionales bonitísimos. Fueron en total 69 las muñecas presentadas y expuestas en los salones de la redacción del periódico, cuya fué la iniciativa. Del sorteo que de ellas se hizo el domingo 20 de Abril de 1919 resultaron 6.378 pesetas con 75 céntimos, a favor de la Ermita. Cantidad a la que se sumaba lo recaudado en la visita de la exposición,

que fué de ocho días, a partir del 13 de Abril. No hubo de Alcalá quien no la visitase, rindiendo tributo de admiración a las «pequeñas muñecas», ofrecidas a la Virgen Patrona por las blancas manos de las «muñecas grandes» de la ciudad. Y como de cosas así ha de quedar la más posible noticia, nos place recoger aquí en rápida lista los nombres de las graciosas donantes y los de los muñecos que donaron.

- 1.º Un nieto de Sancho Panza.—Una Alcalal-
na.
- 2.º Una charra.—Srtas. Carmen, María, Do-
lores y Soledad Armiñana.
- 3.º Princesita de la
Casa de Austria.—Srta. Marta Vela.
- 4.º La nie-
ta de Malasaña.—Srtas Amparo, Juana y Teresa
Cano.
- 5.º Una segoviana.—Srta. Teresa Ibarra.
- 6.º Una zamorana.—Srta. Emilia Ibarra.
- 7.º Una
chamberilera.—Srta. Pura Escartín.
- 8.º La maja
del relicario.—Srta. Cristina del Hoyo.
- 9.º Una
manchega.—Srtas. Pilar, Esperanza y Rosario
Thomé.
10. Una menina.—Srtas. Amparo y En-
riqueta Peña.
11. Una zamorana.—Srta. Rosario
Muriel.
12. Una pasiega.—Srta. Paulina La Bas-
tida.
13. Don Quijote de la Mancha.—Srtas. Ju-
lia y Angeles Pérez.
14. Una gitana.—Srtas. So-
ledad y Saturnina Ubis.
15. La alcaldesa de Za-
marramala.—Srta. Pura Inigo.
16. El lego de San
Pablo.—Srta. Vicenta Martín.
17. Un macero de
Alcalá.—Srtas. Amalia y Rafaela Calzada.
18. Un
macero de Alcalá.—Srtas. Teresa, Emilia y Car-

lota Sarasúa. 19. Un macero de Alcalá.—Srta Concha Jaquotot. 20. Un macero de Alcalá.—Señorita Carlota Chacón. 21. Una moza de Hontanares.—Srta. Pura Escartín. 22. «España».—Señorita María Fullós. 23. Una burgalesa.—Señoritas Aurora y María López. 24. Una maja.—Señorita Cristina Gallo. 25. Frou-Frou del Zabarín.—Srtas. Emilia y María Sánchez. 26. Un bebé.—Srta. Adela Rajas. 27. La fiesta de la jota.—Srtas. Carmen y Lucila Ruiz. 28. Colombina.—Srta. María Hidalgo. 29. Una alcarreña.—Señorita Angeles Mazarío. 30. Un explorador.—Srta. Margarita García. 31. Un monaguillo del Val.—Srta. Micaela Monsó. 32. Sancho Panza.—Srtas. Milagros, Pilar y Antonia Murcia. 33. Una alpinista.—Srta. Agustina Vallejo. 34. Una gitana.—Srtas. Valentina y Concha Gil. 35. Un torero.—Srtas. Trinidad y Dolores Roldán. 36. Un estudiante.—Srtas. de Ledesma. 37. Un estudiante.—Srta. Pilar Navarro. 38. La maja de la Florida.—Srtas. María, Rosario, Anita y Antonia Saldaña. 39. Una abulense.—Srta. Mercedes La Rica. 40. Madame Pompadour.—Srtas. Carmen y Blanca Guadalfajara. 41. Un español de M D C.—Srta. Irene Málaga. 42. una alcarreña.—Srta. Paulina Bustos. 43. Una maja.—Señorita Patrocinio del Campo. 44. Un segoviano.—Srtas. Elena y María Martín de la Cámara. 45. Una segoviana.—Srtas. María Luisa y Clotilde Gallego. 46. Un monaguillo.—Srta. Emilia Romero. 47. El golfo de Guinea.—Srta. María Ez-

narriaga. 48. ¡Viva España!.—Srtas Dolores y Josefa Cornide. 49. La niña bonita.—Srta. Rosario Sánchez. 50. Una maja.—Srta. Mercedes Ruvira. 51. Maruxa.—Srta. Mercedes Esperanza. 52. Una valenciana.—Srtas. Natividad y Josefina Moreno Ossorio. 53. El infante D. Baltasar.—Srta. Elena Moreno. 54. Dama de la Cruz Roja.—Srtas. Matilde, Marta Luisa y Rosario Manzano. 55. Un aragonés.—Srtas. Cruz y Paz Villapún. 56. Un bebé.—Srta. Pepita Oñoro. 57. Niño «bien».—Srtas. Mercedes Ramirez y María Muñoz. 58. Aldeana de Avila.—Srtas. Juana y Antonia García. 59. Chispera del Avapiés.—Señorita Rosario Robles. 60. Goyesca.—Srta. Pilar López. 61. Una madrileña.—Srtas. Anita, Marta Luisa y Concha Blanco. 62. Cervantes.—Srtas. Soledad y Gloria Sánchez Colinas. 63. Castellana del siglo XVI.—Srta. Carmen Oñoro. 64. Del Salón del Prado.—Srtas. de Gimeno. 65. Una Charra.—Srta Concha Vilela. 66. Una madrileña.—Señorita Paz Serrano. 67. Una cantinera.—Señoritas Carmen y Pura Navarro. 68. Una muñeca.—Srtas de Fernández-Maqueira. 69. Muñeca del Diputado a Cortes D. Manuel García del Moral.

Unieronse a este bonito festival enviando donativos la señora de D. Cayo del Campo, con 25 pesetas; la señorita Carmen Gordo, con 10 íd.; la señorita Dolores Lopera, con otras 10; la señorita Carmen Verdes-Montenegro, con 25; la señora de Cumplido, con

10; D. Manuel López Linares, con 50; el señor Rodríguez Salinas, con 50; la señora viuda de Múgica, con 25, D. L. C. de G., con 5; D. Juan Múgica, con 25; D. Fernando Cútolli, con 25, D. Enrique Rosado, con 25; doña María González, con 1; D. Raymundo Bardier, con 10. Otro donativo hubo del P. A., de 5 pesetas. Y un anónimo por correo de 50. La entrada a la exposición produjo en limpio 169 pesetas con 60 céntimos. Y el monaguillito del Val, sacó en su cepillo de propina 7 con 75. Sumado esto a lo de la venta de papeletas para la rifa dió las *seis mil y trescientas y setenta y ocho pesetas con setenta y cinco céntimos*. Cuando las puertas de la Ermita nueva se abran al culto, con la plegaria de gratitud que debe hacerse por tanto generoso donante, bien estaría entonar un responso ante el Altar de la Virgen Pobre por la paz eterna de aquella dama de muchas virtudes, D.^a Carmen Cuesta de AVECILLA, que ideó, propuso y realizó, enferma y apenada como vivía, el acontecimiento de «las muñecas de la Virgen», que ha sido la más interesante y peregrina contribución que ha recibido en sus días la Ermita del Val para las obras de su alzamiento a las perfumadas márgenes del Henares, que es el peque-

ño Ebro de nuestro campestre Santuario

El séptimo proyecto fué de «Veladas Teatrales». Viene de antiguo el sacar dinero del Teatro para fines benéficos. Y así no es mucho que la Junta de Obras recurriese al Teatro, mirando a su taquilla, y dando de paso vez a que lucieran su arte escénico improvisados actores. De la primer velada lo fueron los funcionarios del Reformatorio de jóvenes, que llenaron de admiradores el Salón Cervantes en la noche del 27 de Noviembre de 1917. Lleváronse a las tablas el drama en tres actos y en verso de los Sres. Pérez de Echevarría y Gil de Santibáñez, titulado «El Ejemplo», y el juguete cómico en un acto y en prosa «Este cuarto no se alquila». En la interpretación de ambas obras cosecharon aplausos calurosos los Sres. Coello, Cervera y Pérez-Fraile, y las Srtas. Alberta Gil y Elena Sánchez, que hicieron vivir el drama. Tanto la Srta. Rojo como los Sres. Sánchez y Vivar, dieron animación y colorido al sainete, del que se hicieron *los amos*, como se dice ahora.

La crónica de la simpática fiesta la hizo en «Castilla» la experta pluma de D. Luis Delgado, de quien diremos en elogio de conocida frase de que «para *cronista* le sobran

más de mil». Y... *mil* pesetas con *ochenta y cinco* céntimos dió el festival en producto líquido, que le fué entregado al Tesorero de la Hermandad D. Gregorio Gallego en Junta de 27 de Diciembre por mano del Prioste D. Pedro Calzada Cortés. (1)

—Otra velada hubo que preparó «Castilla» en la primavera de 1918, poniendo así linda coronación a las fiestas populares, mediante las que se hizo una insospechada colecta, con la que pagó «Castilla» su tributo a la Patrona:

He aquí el programa:

1.º Representación de la comedia de Martínez Sierra, en dos actos, *Canción de Cuna*, en la que tomaron parte las Srtas. Rosario Sánchez, Elena Moreno, Josefina M. Osorio, María Luisa Manzano, María Muñoz, Carlota Sarasúa, Zen-Aida Maquieira, Carlota Chacón, Rosario Manzano, Eduarda Rodríguez, Emilia Sarasúa, Eduarda Echevarría, y los jóvenes Fernando Sancho, José Luis Eguía y Juan Pablo Alvarez.

2.ª Representación del sainete andaluz,

(1) Iban sumadas en esta cantidad, 200 pesetas del Excelentísimo Sr. de Allendesalazar; 25 de la señora viuda de Fernández Maquieira; 25 de las Srtas. de Zaldívar; 1,25 de Doña Carmen Gómez de Zamora (q. e. p. d.) y 60 de los Excmos. Sres. Condes de Canga-Argüelles.

original de los Sres. Cabrerizo y Jaquotot, *La Cortijá, d' Areniya*, por las señoritas Sancho, Moreno, Manzano, Rodríguez, y los Sres. Manzano, Fullós, Sancho, Álvarez, y de Calzada.

Salió a pedir de boca. Las chicas fueron clamorosamente vitoreadas. Se lo habían merecido Y ellos felicidadísimos por el selecto público que llenó el Salón de *nuestro don Miguel*. Para esta función de gala fué compuesta

LA LEYENDA DE LA VIRGEN POBRE

I

La Virgen Pobre ha venido
camino de su alameda,
junto a la rústica ermita
que hizo el pueblo para ella.

Ha venido... y en la linde,
donde el sendero comienza,
se ha sentado la Señora,
y ha murmurado esta queja:

—¡Caminantes! ¡Caminantes!
los que cruzáis la vereda,
si acaso váis a Compluto,
venid y echad el pie a tierra.

Estas que véis ruinas tristes
de una ermita humilde y vieja,

son el campo de la historia
de mi casa solariega.

Sus muros se han desplomado,
su techumbre se cuartea
y del suelo a la espadaña
carcoma veréis y grietas.
¡Decidme por vuestra vida,
si puedo vivir con ella...!
y de no poder, entonces...
¡tendré que marchar por fuerza!...—

Y esto lo dijo la Virgen
con tal ansia y con tal pena,
que al oirlo amargamente
rompió a llorar la alameda.

De las ramas desprendidas
sin viento que las moviera,
como una lluvia de lágrimas
cayeron las hojas tiernas.

Lo vió el Henares y al punto
sacando su pecho fuera,
vertió el agua de su cauce,
cambió su murmullo en queja,
y a los pies de la Señora
también lloró a su manera.

Testigos mudos y altivos
de tan simbólica escena
los cerros que en sus entrañas
guardan a Alcalá la vieja,

por la voz de sus barrancos
dieron al par su protesta...

.....BIBLIOTECA.....

¡Caminantes! ¡Caminantes!

los que cruzáis esta senda,

id a decir en Compluto

lo que pasa en la alameda...

que la Virgen del Val dice

que quiere ser Madre nuestra,

y ha de tener cuando menos,

un hogar en esta tierra;...

que así lo pide el Henares,

y lo pide la floresta,

y lo piden los barrancos,

y lo pide la alameda,

y lo pide la llanura,

y los picos de las cuestas,

y las ruinas del castillo

de nuestra Alcalá la vieja...

¡Caminantes de Compluto!

¡decid al pueblo que venga

que no espere, que no tarde,

que no sueñe, que no duerma...!

que si el breve tiempo pasa

y no hace la ermita nueva,

tendrá un pecado en su historia

de muy difícil enmienda.

La Virgen Pobre es *Mujer*,

justo es que un cobijo tenga.

Es *Virgen* pura y hermosa,

háganle pronto una celda.

Cardenal Cisneros

Es *Madre*... pues un hogar
en el que a sus hijos tenga.
Y, ¿por qué no hacerla un trono,
si la Virgen Pobre es *Reina*?
¡Cobijo, hogar, celda, trono...!
¡tal será la ermita nueva!
¡Caminantes de Compluto!
decid al pueblo que venga,
que al caer está la hora
que marca la Providencia;
y si esa hora se pasa.....
¡no habrá otra hora que venga!

II

Los caminantes llegaron
y en Compluto lo dijeron;
y por dar fé de su historia
ha venido al Val el pueblo.

Si es tradición o es leyenda
no lo sé, más yo lo cuento.
Dicen que cuando a Compluto
esas noticias trajeron,
de que la Virgen se iría
lejos de Alcalá, muy lejos,
ocurrió una santa escena
más que de tierra, de cielo,
que los ángeles han visto
y nos lo han contado luego.

.....
«De la urna en que se guardan
sus santos y áridos huesos,

salieron los Santos Niños
entre sombras de misterio.

A unirseles vino al punto
desde su alto mausoleo
descendiendo silencioso
el franciscano San Diego.

Las puertas de «Jesuitas»
Se abrieron de allí a un momento
y velado en su sudario
entró el Cardenal Cisneros.

¿Qué pasaba entre las sombras
de aquel solitario templo?
Cayó la Sagrada Puerta
del Tabernáculo eterno
y las Formas Sacrosantas
quedaron de manifiesto.

No estaba la Virgen Pobre,
su altar le cubría un velo...
A esas horas ya la Virgen
iba saliendo del pueblo...

De hinojos están los Santos,
postrado está allí Cisneros,
¡es el momento solemne!
¡es el negocio supremo!
¡Los ángeles dan la guardia,
mudos la tierra y el cielo!
¡De Alcalá se está tratando!
¡Su fé se está redimiendo...!

.....
Un angel bate las alas

y sale veloz del templo...
y busca a la Virgen Pobre
que ya salía del pueblo.

Vuelve con Ella, y entrando
cae del Val el velo negro;
y el Dios de las Santas Formas
habla a su Madre y... ya luego,
la Virgen vuelve a su trono,
San Diego a su mausoleo,
a su altar los Santos Niños
y a su sepulcro Cisneros,
mientras los ángeles cubren
el Tabernáculo eterno...»

.....

No sé que pasa que todos
con el mismo ardiente fuego
piensan y hablan de la ermita
que en el Val levanta el pueblo.

Hacen Junta los Hermanos,
multiplican sus proyectos.
Va el Rosario de la aurora
y hace allí su juramento.

Celébranse festivales
y asambleas y torneos.
Hay aplausos, donativos
y rasgos de hermoso mérito.

Dan principio al fin las obras
y trabajan los obreros,
y las sendas de la ermita
tornan a dar paso al pueblo.

.....

Los ángeles lo han contado,
y por ellos lo sabemos.
Dada estaba la sentencia,
tomado en firme el acuerdo:
la Virgen Pobre tendría
que irse de Alcalá muy lejos
¡sin ermita, sin cariños,
sin plegarias, sin recuerdos...!

Mas los ángeles que ¡oh, dichal
velan sobre nuestro sueño,
alarmados, conmovidos
en las sombras del silencio,
despertaron de sus tumbas
y enteraron del secreto
a los Niños Justo y Pastor
y a San Diego y a Cisneros,
y citándoles de noche
ante el Dios de los Misterios,
de la *noche* han hecho el *da*
del gran porvenir del pueblo.

.....

Cuando cruzábais las calles
oh, lindas jóvenes, luego
pidiendo para la ermita
entusiasmos y dineros,
cautivos de nuestras gracias
decían mozos y viejos:

Estas son, mirad, los ángeles
que Alcalá tiene en su cielo...
Por ellas la Virgen Pobre

ARCHIVO MUNICIPAL
ALCALÁ DE HENARES

Cardenal Cisneros

volvió otra vez a su pueblo. (1)—

Y al pasar os señalaban
unos y otros con el dedo
y de largas bendiciones
llenaban vuestros anhelos.

Triunfado habéis por activas;
y así sois para bien nuestro
los ángeles portadores,
como aquellos de Loreto,
de la Casa de la Virgen,
que ha de seros justo premio
de tantos nobles afanes,
de tantos fuertes desvelos...

III

La Virgen Pobre ha venido...
y Alcalá la hará justicia,
cuando le alce en la alameda
junto al Henares su ermita...

Al mucho arte que presidió la culta velada,
será bueno que añadamos las 936 pesetas
con 32 céntimos, que dió para las obras del
rústico Santuario. Que así anda siempre mez-
clado en las cosas lo útil a lo dulce... Dulce
es el arte, útiles... las pesetas.

¡Que comedia de vida!

Cardenal Cisneros

(1) Hace alusión aquí el autor a los desvelos de las hijas de Alcalá en interesar a todos y sacarles su cuota para reconstruir la ermita de su Virgen.

PARTE SEPTIMA

De cómo con cinco mil pesetas se puede hacer en un pueblo una revolución saludable, de la que puede salir una ermita reedificada.

—Pero, ¿qué es lo que me contais? ¿Otra revolución?

—Sí; otra revolución. Y como veis a sueldo, pagada con esos cinco miles de pesetas. Está la alameda del Val para ser campo de alzamientos y conspiraciones, sin duda. Las dos revoluciones estallan después de dos famosas meriendas. Es el momento propicio a esas manifestaciones ruidosas. Ahora que entre ambas notamos diferencia. La primera, la iniciada por el Sr. Salinas, es la de los Quijotes. Esta otra, provocada por don Manuel García del Moral, es la de los apreciables Sanchos. Aquella se hace con el trallazo de la palabra vibrante. Y ésta con el flameo al aire de unos billetes de Banco, que asemejan banderines reclutadores.

—Pero, bueno; ¿que pasó?—Que los políticos liberales de Alcalá, invitaron a un al-

muerzo campestre al diputado a Cortes don Manuel García del Moral en la alameda de la Virgen, que es lugar pintiparado para semejantes ágapes; y que mientras comían hizo Don Ceferino Rodríguez Avecilla contemplar al diputado el precioso panorama del Val, con su ermita de la Virgen en ruinas. Se habló de ella, de sus romerías anuales, de los regocijos que le traían al pueblo sus fiestas. También le contó la elegía de sus muros humillados al paso del viento, de su techumbre agrietada por la carga de los años, de los lamentos de su pobreza, de la tardanza en llegar de los reedificadores, de los que pasaban por aquellos parajes sin tender su mano en alivio de aquella rústica mendiga.

El Sr. Avecilla dijo esto último muy claro, mirando al diputado con ojos de vidente, tal cual mirara Jeremías profeta en sus apóstrofes a los hijos de Israel. El diputado se dió por aludido; y sintiéndose allí más liberal de manos que de ideas, exclamó ante el asombro de los comensales. «Mañana mismo entregarán a V. cinco mil pesetas para las obras». Y así fué, que al día siguiente de tan afortunada merienda, entregaba D. Lorenzo Machicado, a nombre de D. Manuel García del Moral, diputado a Cortes por Alcalá de He-

nares, de la obediencia liberal del Conde de Romanones, cinco billetes de los grandes, a D. Ceferino Rodríguez AVECILLA, director de «Castilla», quién comunicó a la Hermandad del Val la fausta nueva, y acompañado del Prioste D. Pedro Calzada, hizo entrega de los mil duros a D. Gregorio Gallego, tesorero de la Hermandad. Y dije antes que aquellos billetes fueron banderines reclutadores; porque a su flameo acariciador se convocó a los Hermanos, que acudieron en número incontable al domicilio del Prioste, quién, al dar cuenta del donativo inesperado, propuso dirigir un telegrama de gratitud al generoso donante que así decía:

«Señor García del Moral. Congreso de los Diputados. Madrid.

Reunida Junta extraordinaria ilustre Hermandad Santísima Virgen del Val, guardadora Fé, representativa más altas tradiciones complutenses dirigese unánimemente usted testimoniándole contento y gratitud por generosa donación, destinada obras reconstrucción ermita, piadoso monumento historia nuestra, norte corazones alcaláinos. — Pedro Calzada. Prioste.]

De esa misma Junta extraordinaria salió una comisión nombrada para la propaganda y recaudación. La componían, con el señor Calzada, los Sres. D. Federico Santos, don

Gregorio Gallego, D. Ceferino R. Avecilla, D. Mariano de Pedro, D. José María Vicario, D. Jacobo Gordo, D. Bernardo Esteban, D. José R. Salinas, D. Manuel Eznarriaga y algún otro más. Su primer acto fué lanzar un manifiesto al pueblo, a modo de arenga; que es lo que se hace siempre que se forma una junta para fines públicos. Y comenzó con él la suscripción económica, encabezada con las pesetas de los *banderines* del señor Diputado, que cumplieron su oficio de ser *banderines de enganche*. Con lo que la Virgen Pobre iba pronto a dejar de serlo.

—*A propósito; ¿a qué viene llamar a la del Val, la Virgen Pobre?*—Fué cosa del director de «Castilla». Escribió una preciosa crónica, que tituló así, dedicada por él a D. Manuel García del Moral, pero que rezaba con todos. Adornó con ella «Castilla» la primera plana de su número 45 (año 2.º) y era una luminosa página de la romántica historia de la «Ciudad segundona». No se ha escrito del Val cosa más bella. Sentimos el coraje de no poder transcribirla. Es corto nuestro campo para tantos hitos como hemos aún de colocar. Ahora que nos cumple decir que «La Virgen Pobre» del Sr. Avecilla fué la que nos sacó de quicio, dándonos

brios para daros a nuestra vez escrita la presente historia. Por cierto que, a raíz de publicada tan maravillosa crónica, se acordó en Junta de Hermanos editarla en folleto, como medio de que la conocieran bien en Alcalá, y sí, sobre dar ánimos, pudiera dar dinero, vendido el folleto a *diez céntimos*, mejor que mejor. Entonces no se hizo, que sepamos, y nos ocurre pensar que «nunca es tarde, si... la *crónica* es buena...»

— De modo que, por lo que decís, ¿se iba camino adelante? — Vaya que sí. Fué importante una visita que hicieron al Val los Hermanos con el señor arquitecto días antes de comenzar las obras. El Sr. Esteban (Don Bernardo) que por cierto llegó cabalgando en un diminuto jaco, hizo al Sr. Pastells algunas observaciones con respecto a las dimensiones y altura del Santuario. Al Sr. Vicario le preocupaba más el asiento de los botareles. Otros Hermanos pidieron al señor Arquitecto la reforma del plano, justificando su autor la imposibilidad de acceder por lo tardío de la demanda. Esa culpa la cometieron *nuestros padres* y su pena la pagamos nosotros, los hijos...

— Y ¿comenzaron las obras? Sí comenzaron; y fué D. Guillermo Barco, el maestro

aparejador a quien los hermanos encargaron de ellas. Hubo algunos solicitantes más, en los que predominaba el generoso deseo de participar activamente en empresa tan popular. Era el 22 de Julio de 1918, fiesta de Santa María Magdalena, el día en que se presentaron los obreros en el Val a dar mano a las obras.

A las ocho de la mañana comenzaban sus faenas. Y a esa hora misma se decía una Misa en el altar que tiene la Santísima Virgen Patrona en el templo de Santa María de Jesús, rezándose un Rosario luego a modo de rogativa por la feliz terminación de las obras entonces comenzadas. El Sr. Barco prometió llevarlas con la posible rapidez. Le acompañaban la aquiescencia de la Junta y los plácemes del pueblo.

En el Setiembre siguiente aun estuvo la Virgen en la hornacina de su altar. Pasadas las fiestas de aquel año la Junta de obras acordó demoler la ermita vieja. La última Misa que allí se dijo fué la del Rosario de la Aurora el domingo 23 de Setiembre. Los devotos madrugadores se despidieron así de aquel rústico santuario. Muchos lloraban sobre las ruinas inminentes entre las que iba pronto a quedár envuelta la memoria de la

ermita tradicional. Al siguiente día, cuando llegaron los obreros y echaron a tierra su cuarteada fábrica los esquilonos de su espadaña fueron lanzados al vuelo. Y era que la ermita vieja se alegraba de morir, con tal de que del sepulcro de sus ruinas saliera el templo nuevo, por más que no fuese legítimo de la familia de las ermitas... Al fin y al cabo con él la Virgen Pobre tendría casa...

—*Pero ¿y de esa revolución que nos anunciabais?—¿Qué? ¿no os lo parece así?*

A partir del donativo espléndido del señor Diputado a Cortes comienza la suscripción por activa y por pasiva, que le hizo exclamar al poeta festivo Calainos:

«Para la Virgen del Val
se preparan tantas fiestas,
que si hubiera muy a menudo
semanitas como esta,
nos quedábamos «sin gorda»
o por lo menos *aprés*,
porque tienen el acierto
de hacerlas a fin de més».

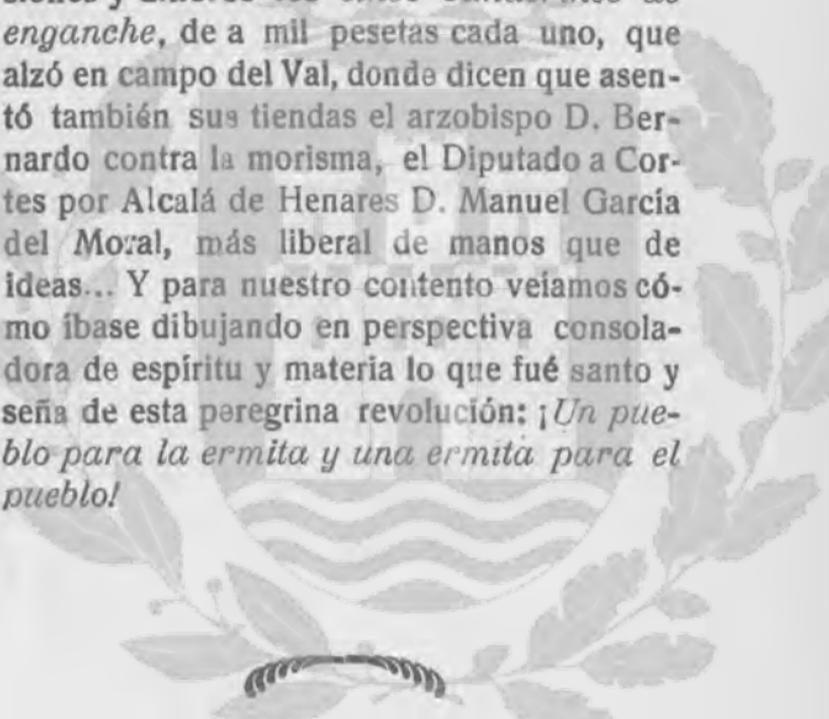
A fin de més y a principios y en medio, que fué temporada aquella movidita de verdad en el arte de sacar dinero con cualquier pretexto para el mismo fin.

—*¿Qué decían las gentes?—Pues decían lo que dicen que se dice en «El Puñao de*

rosas»:— ¡Si son *pa* Ella...! Pero es que además de la revolución de los bolsillos, de los que, en vez de *perras*, iban a tener *que sacar pelusilla*, como decía graciosamente Calainos, se armó la revolución de los espíritus, cuyo fuego sacro sostenían los cronistas de entonces. Aquel pintoresco parangon entre Santa María la Rica, la hostelera, y la Virgen Pobre, la desahuciada, que tenía la arcaica presentación de un verdadero retablo, a los que daba vida la pluma del Sr. Avecilla. Las Efemérides del Val recogidas y glosadas por el P. Lecanda en «Castilla» con elegante sobriedad. Las evocaciones antiguas complutenses en derredor de la tradición traídas a comento por D. José María Vicario. Las crónicas intencionadas y chispeantes de ironía en torno a la ermita firmadas por D. Luis Delgado. La emoción espiritual de la Virgen Campesina celebrada en estrofas de prosa poética por Juan Pablo Alvarez. Las rápidas del «momento» ilustradas por José García Constante, de las que entresacamos estas bellas líneas: «la linda, la encantadora Ermita del Val, que como doncella pudorosa se esconde entre la flora exhuberante del jardín natural que Dios plantara con pródiga mano en un lejano rincón de Alcalá, comienza a

vivir su vida lozana, primaveral y llena de poesía...»

Así es verdad. Y así es como sostenían estos guerrilleros, pluma en ristre, la moral de tan digna Causa, para la que pedían adhesiones y dineros los *cinco banderines de enganche*, de a mil pesetas cada uno, que alzó en campo del Val, donde dicen que asentó también sus tiendas el arzobispo D. Bernardo contra la morisma, el Diputado a Cortes por Alcalá de Henares D. Manuel García del Moral, más liberal de manos que de ideas... Y para nuestro contento veíamos cómo ibase dibujando en perspectiva consoladora de espíritu y materia lo que fué santo y seña de esta peregrina revolución: ¡*Un pueblo para la ermita y una ermita para el pueblo!*



Cardenal Cisneros

PARTE OCTAVA

BIBLIOTECA

Hácese relación de una crisis inesperada, que dió al traste con los Hermanos de la Junta de Obras, y de lo que pasó después, hasta la formación de la junta nueva, que tardó cuatro años.

—*Pero qué me decís?*—Lo que estáis oyendo: Que en la Hermandad del Val hubo crisis. Lo cual no debe maravillaros, andando políticos por medio, como acabáis de ver.

—*Entendámonos, en serio, ¿a qué os queréis referir?*—Pues sencillamente, a que se presentaron obstáculos a la continuación de las gestiones que llevaba la Junta de Obras y... hubo de dimitir ésta, como era su deber.

—*¿Qué obstáculos eran ellos?*—No de falta de dinero precisamente, que dimitir por eso fuera cosa poco digna, sino de falta de aprobación y de apoyo de algunos de sus acuerdos. Ya sabéis cuánto pesa todo eso en el ánimo de las personas honradas, como eran las de la Junta.

—¿No querriais ser más explicito?—
Lo seré hasta donde pueda. Vereis. La Junta de Obras acordó, entre otros extremos, la demolición de los viejos paredones del Santuario para que pudiera seguir la edificación de los nuevos. Esto no a todos los Hermanos pareció bién; y entre el pueblo dió mucho que hablar.

A la buena Junta de Obras se le acusó de tomar de ligero sus acuerdos, sin elevar consulta sobre los mismos, a quienes pudieran aconsejarla, ni participarlos a las competentes autoridades, sobre las que había de pesar la responsabilidad de cuanto en la Ermita se hiciera. Obispo de Madrid-Alcalá éralo a la sazón el Excmo y Revmo. Señor D. Prudencio Melo y Alcalde, al que le hicieron sabedor del pleito que unos y otros se traían por la manera de llevar las obras la Junta de Hermanos. Y para sustanciar de vez el asunto y poner fin al litigio dictó un oficio a la Hermandad, dándole conocimiento de cómo colocaba a la Junta de Obras bajo el asesoramiento del Ilustrísimo Cabildo Magistral, el que, de allí a poco reunido y para cumplimentar debidamente la disposición del Prelado, nombró delegado suyo en el dicho asesoramiento de la Junta

obras al canónigo M. I. Sr. D. Longinos Ortega Miguel.

—Y ¿dió esto motivo a la crisis de la Junta?—Hombre, precisamente esto no. Porque la intervención del Prelado era de todo derecho, y la designación del delegado capitular fué de unánime agrado. Ahora que... lo que pasa... la Junta se consideró desautorizada para llevar la voz de la Hermandad, en la que rumoreaban los descontentos, preciándose de hacerlo ellos mejor. Y así fué que, para facilitarles el éxito de sus gestiones, hizo la dicha Junta dimisión de su mandato y se dió por disuelta con la oportuna ayuda de las circunstancias que hicieron menos sensible la caída. Por que sucedió que al Prioste D. Pedro de Calzada le tocaba cesar aquel año. Por su parte D. Federico Santos era nombrado Colector de la Parroquia de San Ildefonso de Madrid. D. Gregorio Gallego sufrió la fractura de una pierna, que le forzó a retirarse de la vida activa. D. Manuel Eznarriaga se avecindaba con su familia en la Corte. D. Ceferino R. Avecilla, iba camino de París. Y a D. Mariano de Pedro le había días antes llamado Dios a juicio. Descanse en paz. Y en cuanto a los que en Alcalá quedaron, bien estará decir que a

D. Jacobo Gordo le robaba de continuo su poco tiempo disponible la Cruz Roja, de cuya Institución era el alma. Por lo que hace a D. José R. Salinas se le habían sosegado sus bríos de encauzador de masas, por falta de masas. Y si es D. José María Vicario, sentíase pesimista como los hombres selectos. ¡Porque «no había que darlo vueltas, el negocio ese de la Ermita estaba como para no tocarlo»... Solamente D. Bernardo Esteban, quedaba de superviviente único de aquel naufragio de personas y cosas, luchando tenazmente con las olas de tantas dificultades y dispuesto a salvar la vida de la Ermita, aunque fuera en una tabla.

—Y *¿la salvó?*— ¡Vaya que sí! Como que a don Bernardo se le debiera de proponer para «La Cruz de la Constancia», si es que existe esa encomienda. En el tiempo en que los ánimos más esforzados decaían, suponiendo irrealizable la restauración, veíasele al señor Estéban armar discursión con cuantos por su puerta pasaban, sobre el mismo tema siempre. No sólo fué optimista en punto al Val, que algunos más lo eran asimismo; pero don Bernardo cultivó el optimismo activo e incesante. Movié juntas, inspiró proyectos, ofreció su personal prestación valio-

sa y la de su dinero, sustituyó durante tres años a los Priostes que renunciaban al cetro y anduvo sólo hasta que la Santísima Virgen le deparó la compañía del M. I. Sr. Don Julián Fernández Díaz, con quién había de entenderse al fin para rematar su obra.

— *Y en esos años de la crisis que decís, ¿no se hizo nada?*— Algo se hizo, pero con el desmayo de quienes temen perder el tiempo. Prueba de la desorientación la encontramos en el acuerdo que toma la Hermandad en 22 de Junio de 1918, de que dos Hermanos visiten a las señoras que pertenecen a la misma, por si tuvieran iniciativas que proponer, y proyectos que presentar. Se conoce que a los Hermanos «se les acabó lo que se daba», como suele decirse, y andan mendigando maneras de sacar a flote la tan renombrada ermita, no sólo por cuanto es, como por los sudores que ha costado restaurarla. Y no debieron dar por entonces resultado práctico las consultas, por cuanto nada consta que se hiciera. Sólo sí la gratitud de la Hermandad al maestro de Obras señor Barco por su celo y desinterés en lo hasta entonces hecho en la ermita, con el elogio que mereciera el éxito de su trabajo.

— *Y ¿cómo se resolvió la crisis?*

—Hízose lo que en política; hasta poder consolidar la situación se nombró una *Junta-Puente*. La componían Don Anastasio Hernández, Don Bernardo Estéban, Don Jacobo Gordo, Don Cándido Acebrón, Don Tomás de Gracia, Don Antonio García Alonso, Don Samuel Ramos y Don Ventura Corral. Esto era en 23 de Enero de 1919. En 21 de Mayo siguiente, se nombra de nuevo a Don Francisco Sánz, encargado de los obreros y materiales del Val. Lo que quiere decir que las obras iban a reanudarse. Hasta el 1923 pasan lánguidamente esos años, con el nombramiento de Fray Lucio de la Madre de Dios, terciario franciscano, para ermitaño y muñidor de la Hermandad, con el lanzamiento judicial del anterior ermitaño, en cuyo asunto cede Don Pablo Ripoll sus derechos de Procurador de los Tribunales a beneficio de las obras. En esos años llevan el Cetro sucesivamente Don Anastasio Hernández, Don Bernardo Estéban y Don Federico García Ortiz. El año 1923 le toma Don Cándido Acebrón.

—Y ¿ese año se consolidó al fin la situación?—Entró en vías, nada más, de consolidarse pronto. En 7 de Octubre de 1923 hubo Junta de Hermanos en el Círculo de Contri-

buyentes, en la que fueron nombrados para reforzar la Comisión de obras Don Pedro de Calzada y Don Pablo Testillano, éste último en oficio de Secretario. El local en que esta Junta extraordinaria se celebra da cierto aire popular a la Hermandad, que parece haber salido del ambiente de las casas particulares a explayar sus proyectos entre los muchos *contribuyentes* que van diariamente a su Circulo. Parece que no, pero esto ya es un paso.

Aquel año por Diciembre, en la noche del 22, dieron en el Teatro-Salón Cervantes los Sres. D. Antonio Corral y D. Francisco Lopera un bonito festival, (1) del que resultaron *doscientas seis pesetas* líquidas para el tesorero de las Obras. De nuevo las gentes

(1) Tuvo dos secciones, como es lo clásico. Una, la selecta o de moda, para la gente *bien*. Esta fué a las *seis* de la tarde. Y otra la popular, la de la gente, por lo visto, menos bien aunque no del todo *mal*. Esta fué a las nueve y media de la noche. Hicieron en la primera el sainete lírico en un acto y tres cuadros de prosa y verso «Los amores de la Filo» las entusiastas jóvenes, Srtas. de Alvarez (M. y A.) y Díaz, que con los Sres. de Lopera (J. y F.) Marchamalo, Soler, Garza, López, Moratilla y Escobar, dieron espíritu a la obra original de León Navarro y Juan

se animan. Otra vez se pone el Val a la orden del día. En los escaparates de «El Arca de Noé» tornan a presentarse anuncios y carteles de *cosas* del Val. Hay un movimiento de opinión a favor de las Obras, en el que les cabe no poca parte a los Sres. Corral y Lo-

Fernández, musicada por los maestros Vela y Brú.

Luego vino el concierto bajo la diestra batuta de Don Antonio Corral, con la serenata española y la Córdoba de Albéniz, el momento musical, de Schubert y la Alhambra, de Bretón. Y para mover alegremente los pies de la selecta concurrencia la rondalla de bandurrias, laúdes y guitarras tocó la jota aragonesa, del maestro Alvira.

Pues luego, a la noche, se alumbró nuevamente la escena con las claras luces del arte, del que volvieron a hacer derroche los jóvenes actores de «Los amores de la Filo» y los de la farsa cómica en dos actos, de Don Carlos Arniches, «La casa de Quirós», de la que fueron intérpretes aplaudidísimos, con las Srtas. de Alvarez (M. y A.), Díaz, Majolero, Plaza y Sánchez, los jóvenes Lopera (F. y J.), Alvarez, Marchamalo, Soler, Garza, Santamaría, López, Barranquero y Cervera.

Otra vez la rondalla de la tarde selecta puso en pié a la concurrencia de la noche pueblerina,

pera, que han logrado recoger con un puñado de pesetas en fervoroso voto popular de ver la ermita cuanto antes terminada.

con las notas regocijantes de la jota de Alvira, marcadas brillantemente por el maestro Sr. Corral. Aseguramos— aunque no nos fué dado verlo— que aquella noche bailaron en sueños, más de cuatro parejas a costa de la Ermita, que les hizo divertirse en grande por solos *sesenta* céntimos de entrada general.



Cardenal Cisneros

PARTE NOVENA

De cómo la Hermandad del Val halló franca un día la puerta del Ayuntamiento de la ciudad, y se entró por ella, y celebró en sus salones Junta extraordinaria, que se dignó presidir el mismo señor Alcalde, y de la que salió resuelta en definitiva la crisis de cuatro años.

—*Con que... ¿en el Ayuntamiento?*—
¡Sí, señor! Ni más, ni menos. En el Ayuntamiento se abrió paso la Hermandad del Val. No creais que nos sorprende. Desde que la vimos subir al Círculo de Contribuyentes a celebrar sus juntas, esperábamos verla entrar en la Casa grande del pueblo. Al fin no tenía mas que atravesar la Plaza Mayor. Llegó, ya lo veis. Y eso significa mucho. Como que de ahora en más los asuntos de la Ermita tienen la solemne oficialidad que les dá el lugar en que son discutidos por los Hermanos, que asemejan ediles corporativos, nombrados conforme el reciente y renovador

Estatuto municipal. Además de que eso de tener la Hermandad sus juntas en el Ayuntamiento da singular relieve a los acuerdos de sus actas. Como ganan también las suscripciones y cuotas que se inicien, las cuales revisten categoría de arbitrio local, o impuesto transitorio. Así es que, por cuantos lados se mire, acreció sus prestigios la Hermandad con su entrada en el Ayuntamiento.

—*Y ¿a quien se debió que entrara?*—

Pues a la extremada galantería de su Alcalde Presidente D. Gustavo Chamorro Tello. Antes de ahora intentó la Hermandad entrar, ganando la confianza de los Sres. Alcaldes, pero no llegó a pasar de la puerta de cristales o cuando más, del vestíbulo, donde le detenía sus pasos el guardia Ginés. Pero este buen alcalde de ahora, dulce como sus jarrabes y suave como sus pomadas—es boticario, amén de amable y caballero—dejó a los Hermanos franca la puerta de su propio despacho presidencial, en el que se metieron aquellos de rondón el 29 de Septiembre de 1924, día de San Miguel Arcangel por más señas, a tener una junta seria de verdad y práctica, que buena falta les estaba haciendo.

—*¿De qué trataron pues?*—¡Ah! de las

Obras de la Ermita. Eso de sabido se calla. No hubo más orden del día que este. Lo más saliente de la dicha Junta, es el nombramiento del M. I. Sr. Don Julián Fernández Díaz, para director espiritual de la Hermandad. Hasta el presente nunca le tuvo. Y déjesenos decir que, según nuestro modesto criterio, ahí estaba la causa de las constantes divagaciones, como de las mútuas querellas en que se perdía malamente el tiempo. Era de todo punto precisa la dirección única, y espiritual cabalmente, de aquel hervidero de ideas, alimentadas a veces de egoismos y ofrecidas siempre sin derecho a opción que las pesara, las midiera, las desechara las admitiera, como a la gloria de la Virgen Patrona fuese de conveniencia mayor, y a la rápida conclusión de la ermita se encaminase. Ni había otro mejor de quién, para ese cargo, echar mano que del tan bueno como culto canónigo Sr. Fernández Díaz. A sus prendas personales, que le hacen de todos tan dilecto y preferido, súmanse las felices intervenciones que tuvo en otros ramos de su actividad, como la clasificación catalogada de los legajos del Archivo Magistral, la restauración de la solemnidad externa de la Semana Santa, la celebración imborrable de

la Asamblea Eucarística Arciprestal, de la que fué iniciador y ejecutor singularísimo el auge manifiesto del culto de las Sacratísimas Formas Incorruptas, que a él personalmente se debe y del que ostenta el título de delegado episcopal, haciendo caso omiso de sus méritos de publicista bien ganados con su «Historia de los Santos Niños» la «Noticia de una de las Santas Espinas» que enriquecen el Relicario de la Iglesia Magistral, su otra Noticia histórica sobre esta misma Iglesia, aparte de sus brillantes campañas en la Cruz Roja, en la Prensa local y de Madrid y Provincias, como las de su evangelización en el púlpito, bajo el que se congregan las almas de Alcalá, que ciegamente le han encomendado la dirección de sus vidas. El nombramiento, apenas propuesto, fué aceptado sin reservas y con explosión de afectos y unánimes regocijos. Aquel mismo día se le dió posesión quieta y permanente de la Dirección Espiritual de la Hermandad, a la que tanto bien desde entonces la procura.

Apenas el dicho señor posesionado, propuso la suscripción, «por ladrillos», a veinticinco céntimos uno, suscribiéndose él por veinte mensuales y por otros veinte Don Jacobo Gordo. Y a renglón seguido presenta

la iniciativa de la Visita Domiciliaria de la Sms. Virgen del Val, con la que confía conseguir el aumento de la devoción a la Patrona, y asegurar una buena y constante contribución para la Ermita, a la que se dedicará la mayor parte de la recaudación de las pequeñas Capillas.

Con esto se alegraron aún más los Hermanos de haber nombrado su director al Sr. Fernández Díaz, que no parece sino que la misma Virgen le puso para que diese con su celo a la obra de la ermita los alientos que le faltaban.

— *De modo que la cosa marcha bien verdad?* — ¡Oh! y tan bien; como que ahora es cuando se camina sobre seguro y de prisa hacia la solución de la pesadilla de tantos años.

En Junta de 19 de Octubre de 1924 se acuerda que las obras se continúen por administración escrupulosamente llevada, mirando de defender la última peseta. En ese día son nombrados, secretario de la Junta de Obras, Don Francisco Lopera, y tesorero Don Bernardo Estéban, que propone la formación de una sociedad de diez Hermanos que se hagan responsables solidariamente del costeamiento de las obras hasta darles

fin. El mismo Sr. Estéban compromete su firma. Puesta la idea entre los presentes a discusión, se tocaron sus más y sus menos, y no se halló fácil realizarla. En cambio se acordó la adquisición de 34 capillas de la Visita domiciliaria de la Virgen del Val, de los talleres del Sr. Olleta, de Madrid.

—¿Qué se hizo de los «ladrillos del Val»? Dieron efectivamente un resultado feliz. En Junta de 9 de Agosto de 1925, en el Ayuntamiento habida, se vió que dicha original recaudación sumaba ya 1859 pesetas con 50 céntimos. En esa Junta propuso el Sr. Estéban acudir a los Bancos de Alcalá por un empréstito, de cuya gestión se encargan el mismo Sr. Estéban, con los Señores Lopera y Fernández Díaz. No tuvo el éxito apetecido la demanda financiera por falta de sólidas garantías, no obstante la excelente disposición de los Sres. Directores de las Sucursales en Alcalá de los Bancos Urquijo y Vizcaya, Don Mariano Bailesteros y Don Mateo Martínez, a quienes, sin embargo, hubieron de quedar reconocidos los Hermanos.

—Y ¿no me decís más de la Visita Domiciliaria de la Sma. Virgen del Val?

—Ya lo creo que sí. Pues que al fin se es-

tableció por decreto apiscopal de 22 de Diciembre de 1924, dirigido al M. I. Sr. Don Julián Fernández Díaz, con la concesión de 50 días de indulgencia para cuantas familias recibiesen devotamente las Capillas en sus casas; y que se bendijeron las Capillas en la Iglesia Magistral, interina, merced a las cuales se ha despertado el recuerdo de la devoción tradicional, que a la Virgen del Val en Alcalá siempre se la tuvo, aunque al presente parecía dormir aletargada.

También esta piadosa derivación dá motivo a mantener el apostolado femenino en el culto de la Patrona, con el interés y la simpatía que ponen siempre las mujeres en todas sus felices actuaciones. Ahora la Virgen entra en las casas de su pueblo llevada dentro de sus capillitas circulantes, estableciendo una constante comunicación con cuantas almas la reciben. Y son muchas. Y serán más cada vez.

¿Qué otra mejor prapaganda, que la que lleva Ella misma con su presencia en los hogares?

Muchos y buenas cosas nos contaban de Ella los predicadores del Val en sus fiestas de Septiembre. Pero ninguno, con ser tan elocuentes todos los que desfilaron por aquel

púlpito en ruinas, nos dijo nunca lo que ahora nos dice Ella. Y nos lo dice sin hablar. Como Ella sabe decir las cosas.

Así que a nadie maravilla que ese medio de restaurar la Ermita, traído a última hora, sea el más excelente y oportuno de cuantos se trajeron a estudio de la Junta de Obras. Convencéos efectivamente de que no hay quien haga la propaganda de la Ermita como la Capilla de la Virgen. Vá de casa en casa para que nadie se le queje. Y una vez al mes para no cansar demasiado. Y se está un día entero en cada una, para que tengan tiempo de verla todos los que allí habiten. Y ¿quién que la vea no se acuerda de los padres de sus padres, que la rezaban y la querían? Y eso que entonces habían ellos de ir a verla a su ermita de la alameda o a su capilla de la Magistral o a su altar de Jesuitas.

Ahora, como ya los hijos de aquellos padres no iban, es Ella la que vino a reanudar las antiguas familiares comunicaciones, entrándose por sus casas. Apuesto a que los nacidos en Alcalá o habitantes aquí de muchos años el día en que reciben la Capilla del Val en sus hogares piensan en sus muertos y hacen conversación de las costumbres y modos de toda su pasada parentela.

Pero, sobre apretar así los lazos de familia, la capillita de la Virgen se lleva en su cepillo la breve o larga contribución del hogar, para ayudar a que le tenga también la excelsa visitante, a la que, con acierto muy digno, se la llamó un día la Virgen Pobre.

Ved por donde cumple la Visita Domiciliaria del Val el que fué lema constante de la Hermandad restauradora del Santuario rústico, cuando en los comienzos *últimos* de las obras no cesaba de exclamar como estribillo obligado de una pertinaz manía: «*¡Una Ermita para el pueblo y un pueblo para la Ermita!*».

— Y, ¿qué más de notable me contais? —
Pues que en una Junta que tienen los Hermanos en el domicilio del Prioste D. Mariano Fernández, el 25 de Julio de 1926, el tesorero Sr. Esteban, manifiesta que hay en fondos 1.925 pesetas con 50 céntimos, dándose la coincidencia de ser el número de pesetas el mismo que el de los años de nuestra redención, porque los 50 céntimos que faltan para que sean 1.926, los añade de sus *muchos haberes* el mismo generoso tesorero. Algún que otro de los allí presentes con resabios de *telémeta* y ribetes de agorero, de los que andan a caza del capicúa y descifran

gitanescamente las rayas de la mano, entendió que aquella coincidencia de años y de pesetas era de *buena sombra* para la Ermita. Le duró poco el gozo de la suerte; que a la siguiente junta que fué a 12 de Agosto en el Ayuntamiento, las pesetas eran ya 2.079 y el año seguía siendo el de 1926. Indudablemente la *buena sombra* aquella estaba en el aumento de las pesetas, digan lo que quieran los ilusos partidarios del gato negro y de las cifras coincidentes. Si no, que se lo pregunten a don Bernardo.

— *Y de la actuación del señor Alcalde, ¿nada me deets?*—Os lo diré todo, sin omitir detalle. Por gratitud a quien abrió el Ayuntamiento para que entrara en él la Hermandad y que fué, como arriba dijimos, don Gustavo Chamorro Tello, acordó aquélla proponer a éste para Hermano de Honor, dándole la preferencia sobre cuantos otros Hermanos de ese grado tuviera la Hermandad anteriormente reconocidos. En junta extraordinaria de 19 de Septiembre celebrada en el Camarín de la Ermita, don Gustavo Chamorro dió a su vez las gracias a los Hermanos por su nombramiento y ocupó la presidencia de la junta, desde la que hizo con envidiable sinceridad un discurso improvi-

sado, que nos trajo el recuerdo de aquellos otros dos pronunciados en veces anteriores sobre aquel sitio, el del Sr. Salinas y el del Sr. García del Moral. Ya con esta eran tres las veces *épicas* que en la alameda del Val se había alzado bandera. El Sr. Salinas agitó un día nerviosamente su blanco pañuelo de ciudadano. El Sr. García del Moral tremoló otro día sus billetes de banco de diputado a Cortes. El Sr. Chamorro levantó por fin al alto su bastón de alcalde. Estos tres hombres son tres símbolos de lo que era menester para restaurar la ermita de la Patrona: *entusiasmo, dinero y autoridad*. Por falta de lo primero estuvo muchos años la ermita abandonada. Por no tener lo segundo hubiéronse mas de una vez las obras de suspender. Por carecer de lo tercero vino el fracaso de las juntas. Ahora es cuando la ermita se hace. Ya no falta nada; que están las tres cosas precisas. Quitad cualquiera de las tres y fulminantemente pararán las obras.

No creais a los que digan que obras así se hacen con solo el dinero. Aquí a ratos le hubo y más del que hubo pudo haber y... las obras en calma.

Ni con solo el entusiasmo, que es explosión del querer; y dicen que «el que quiere,

puede». No lo creais. Aquí se quiso a ratos y... la ermita cerrada.

Ni con sola la autoridad, que es la que estampa el sello de su licencia y sale responsable de todo, y pone a los que trabajan a cubierto de intrigas. Aquí se tuvo a ratos y... el santuario en ruinas. Ahora que unís los tres, el entusiasmo, el dinero y la autoridad y la Ermita está hecha. Pero es cuando los tres se pongan de acuerdo en todo, y no haya entre ellos desavenencia ni desunión.

Os dije antes que estaba en crisis la Junta de Obras por falta de autoridad ¿no? Pues ahí la teneis conjurada y resuelta. En 22 de Septiembre de 1926, tres días después de haber alzado su bastón de borlas en el Val Don Gustavo Chamorro, es nombrada en el Ayuntamiento esta Junta en dos comisiones: de propaganda, don Heliodoro de Castro, don Bernardo Esteban, M. I. Sr. don Pablo Herrero, M. I. Sr. don Julián Fernández y don Jacobo Gordo; de Obras, don Guillermo Barco, don Martín Málaga, don Quintín Rojo y don Nicolás Blanco.

Aquellos buenos señores de la primera junta fracasada viendo a estos otros de la nueva amparados a la sombra de la Alcaldía les dirán:—Amigos, ¡así ya se puede!..

No lo deis vueltas. La Ermita del Val la han hecho tres genios, de los que son símbolos el pañuelo blanco del Sr. Salinas, los billetes de mil pesetas del Sr. García del Moral y el bastón de borlas del Sr. Chamorro.

Ni más ni menos.

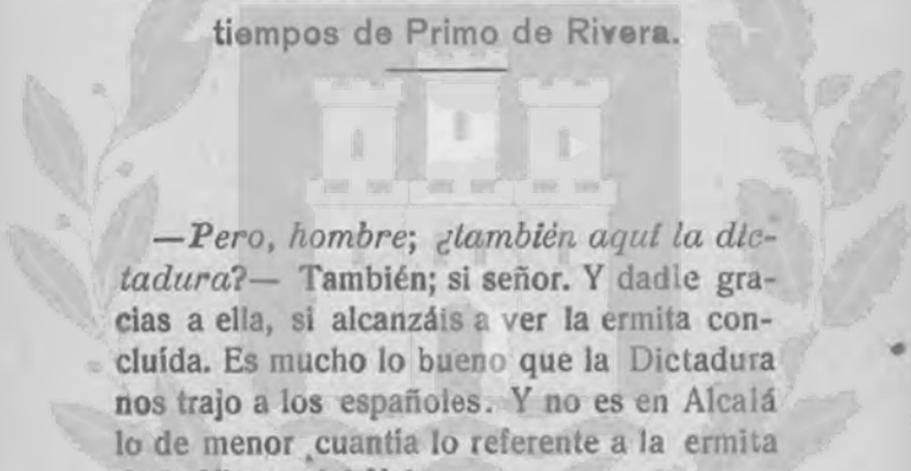


Cardenal Cisneros

PARTE DECIMA

BIBLIOTECA

Por donde ha de ver el curioso lector que Alcalá de Henares deberá la ermita de su Virgen a la dictadura serena y enguantada de un buen Alcalde de los tiempos de Primo de Rivera.



—*Pero, hombre; ¿también aquí la dictadura?*— También; si señor. Y dadle gracias a ella, si alcanzáis a ver la ermita concluida. Es mucho lo bueno que la Dictadura nos trajo a los españoles. Y no es en Alcalá lo de menor cuantía lo referente a la ermita de la Virgen del Val.

—*¿Querréis hacerme creer que tenga que ver algo con la ermita nuestra la Dictadura política?*— Miope habéis de ser si no lo véis por vuestros ojos. No digamos que la Dictadura vino precisamente a que la ermita se hiciera, pero no os quepa duda de que la ermita se hizo por que la Dictadura vino. Y en buena hora se diga. El estado

de la vida española era el de un insensato amodorramiento, del que llegó a tiempo a sacarla el suave zarandeo del General Dictador. A su imágen y semejanza, fueron hechos los alcaldes del nuevo Estatuto, a los que se dió la consigna de sacar a los pueblos de su marasmo, acabando con los suicidas estancamientos de la vida local, para que no se malograsen los anhelos restauradores del 13 de Septiembre de 1923. Y eso es todo.

Así es que los alcaldes han de hacer de dictadores de buena ley, sin menoscabo de nadie, frente a los estancamientos locales, que no se puedan sacar adelante de otra manera. Que era cabalmente lo que acontecía en Alcalá con el estancamiento de la ermita de la Virgen Patrona. Sea por lo que fuera, aquí eran treinta y más años pasados desde que se comenzó a querer restaurar la ermita. Desde 1889 vive Alcalá con esa pesadilla. Es en pequeño para un pueblo lo que eran para España los grandes problemas nacionales, que nadie resolvía, sin embargo de ponerse muchos a ello. No fueron pocos los que se pusieron aquí a querer hacer la ermita. Pero como no se entendían, ibanse sucesivamente retirando. Hasta que vino el dictador, que aquí lo fué don Gustavo Cha-

morro y Tello, bajo cuyo mandato presidencial del Municipio complutense, se abrirá en breve al culto popular la ermita de la alameda.

Con que ya véis si tenemos razón para decir lo que decimos, de que la ermita se debe, después de Dios y de la Virgen, a la dictadura serena y enguantada del alcalde don Gustavo.

—«Serena y enguantada» ¿por qué?— Hombre, ¡que gracia! Porque así lo es. ¿Qué conflictos ha originado la actuación directa del alcalde en los asuntos del Val? Antes bien, ha evitado todos los posibles. Aparte de la medida y cuenta del dinero, que no anda de sobra, todo le salió a la Junta como una seda.

Buena diferencia de cómo le salía antes a las otras juntas que se formaron.

No dudeis que lo bueno de ahora se debe a la presencia del dictador.

El señor alcalde se ha liado, como quien dice, la manta a la cabeza. Que así es como hay que hacer, cuando se es en buena hora dictador.

¡Con que si quereis mayor serenidad! Y de lo que digo que es la del Sr. Chamorro, *dictadura enguantada*, véalo quien lo quiera;

que mayor suavidad en los modos no sé qué pueda tener. Es hombre con el que todos se entienden bien y marchan de acuerdo. Acaso en el asunto del Val hubiera responsabilidades que exigir, hecho que fuese un trabajo de sonda. De alguien sabemos que quiso exigir las a requerimientos de algunas *piadosas* y caracterizadas personas... que nunca faltan. Mas, las haya o no, al alcalde actual no le interesan, que tampoco son de su tiempo y sería malgastarle, si en ello le empleara.

Por eso; y porque es hombre de carrera y persona fina, lleva la mano enguantada para tratar suavemente cuanto bajo ella se ponga. Hace muy bien don Gustavo. Es un cumplido alcalde de los felices tiempos de Primo de Rivera.

— *Buen. ¿Pero queréis hablarme del éxito de sus gestiones?* — *¿Cómo no? Podéis augurarle. Andaba ya el pandero en buenas manos; que buenas en verdad lo eran, aparte de otras, las de los Sres Esteban y Gordo y Fernández Díaz. Ahora que ningunas acababan de tocarle por falta de quien llevase el compás. Y vino a llevarle en este espiritual y popularísimo concierto el mismo señor alcalde. Sola su presencia en la junta movió a los rezagados e inspiró a todos franco op-*

timismo. Con más que, a su ejemplo, se sumaron a la Junta las autoridades de la ciudad y los personajes de viso y de dinero.

Vióse allí, en 19 de Octubre de 1926 al General Gobernador de la Plaza, don Pablo Rodríguez, tomar parte activa en reunión habida en la Casa Municipal. Y dígase lo mismo de don Miguel Atilano Casado, como de don Manuel López Linares, que contribuyen de presencia y con dinero. Las familias de raigambre alcalaina se unen al movimiento promovido por el buen alcalde. Allí los del Campo y los Merinos y los Rosados y los Gallegos y los Calzadas y los Salinas y los Málaga, y los García Hidalgo. Y ¡qué se yo los más! que aportan iniciativas y medios con los que las sufragar. El maestro señor Barco vuelve a la ermita con sus cuadrillas de edificadores. No dejan la ida por la venida los Hermanos de la Junta. Las mujeres por su parte se dan a organizar festivales que mantengan vivo el fuego sacro y den chispas de oro y de plata, sin despreciar la calderilla. Y en eso estamos y estaremos hasta el fin, que alcanzamos a tocar con la mano. A quien nos preguntare: ¿Quién hizo este milagro? le responderemos: La dictadura oportuna, serena y enguantada de

un buen alcalde, a quien le basta y le sobra para ser popular, si otras no tuviera, la empresa rematada de una Ermita clásica, que fué muchos años la *pesadísima* pesadilla de Alcalá de Henares...

—¿No podrías serme más explícito?—
Ya lo creo. Supongo que querréis saber lo acontecido durante la gestión del Sr. Chamorro, ¿no? Pues lo iré diciendo.

Las gentes de Alcalá andan locas, buscando por todas partes dinero para ponerse a tono con Junta que tan decidida cooperación se merece.

En el frontón de Angel Blanco, se jugó un partido de pelota el 23 de Octubre de 1927, a beneficio de las Obras, entre Justo Vera, de Alcalá y Juan Ruiz de Valdilecha, dando de sí hasta *ciento siete pesetas con cincuenta céntimos*, que le fueron entregadas al tesorero por el dueño del frontón. La sencilla fiesta, por lo espontánea y desinteresada, y lo poco corriente que es por aquí, mereció simpatías y gratitudes.

Pues también en aquel Octubre la tesoreira de la Visita domiciliaria del Val, Srta. Cruz García Hidalgo, entregó a la Junta de Obras *seiscientas pesetas*, de la recaudación de las capillas, además de adquirir flores artificia-

les, cuatro candelabros góticos y una hermosa alfombra para el altar de la Virgen.

«El Amigo del Pueblo» en 15 del mismo mes y año publicaba un interesante artículo anunciando el comienzo de las obras, destinadas a no ser suspendidas hasta su fin. Lo habían sido efectivamente muchas otras veces.

«El Eco de Alcalá», fiel a su nombre se hizo el *idem* del movimiento popular y arrió en sus campañas en pro del Santuario, dando a conocer el pensamiento de los prohombres del Val, como habrá que llamar a los que abran la ermita, con los que tuvo entrevistas, que le sirvieron para llenar sus columnas, y para mantener en tensión los entusiasmos populares.

De las dos subscripciones abiertas, la llamada «mensual» iniciada en 13 de Octubre de 1924 y cerrada en Diciembre de 1925, llegó a sumar 952 pesetas. La otra llamada «de los ladrillos», con algunos donativos más, alcanzó la cantidad de 1.276 pesetas con 25 céntimos. El Tesorero Sr. Esteban, escribió una carta documentada que «El Eco» publicó, en la que daba minuciosa cuenta de ambos resultados financieros. La Junta de Obras acordó en firme dar inmediato empleo

a las cantidades recaudadas. Y en aquel 3 de Octubre iban los obreros a trabajar al Val.

—¿Que más pasó por entonces?— Pues que hubo otra corrida de becerros que añadir a las anteriormente y para el mismo fin habidas, en la que se derrochó gracia, valor y arte y de las que se recogieron hasta *mil seiscientas setenta pesetas* líquidas con *veinte céntimos* (1) La Comisión de Hermanos hubo de rendir gracias con harta sa-

(1) Los toretes eran de D. Gumersindo Llorente, los toreros, de Alcalá. No han conocido los siglos corrida más igual. Figúraos que a los diestros se les premiaron sus faenas con la oreja y el rabo de sus respectivas víctimas. La presidencia de la fiesta la ostentaron las Srtas. Pura Navarro, María Hidalgo, Asunción Málaga y María Teresa Gallo, «cuatro claveles, que ni escogidos se encuentran tan lindos», como aseguraba el cronista de «El Eco». Hízose el despejo de las cuadrillas con dos bellas Amazonas, al frente las Srtas. M.^a Luisa Blanco y M.^a Teresa Alvarez Herreros de Tejada, vestidas preciosamente a la andaluza. Los improvisados matadores eran asesorados por el valiente novillero de nuestra ciudad, Alcalareño II. En fin, que se lucieron de verdad los Sres. Cisneros, Marón, Legórburo y Málaga, despachando a sus becerretes con todas las de la ley. A la salida las gentes comentaban con calor, entre las alegres incidencias de la fiesta, el ingenioso brindis que dedicó a su presidenta el comandante de aviación Sr. Legórburo, que fué salidísimo en extremo.

tisfacción a los Sres. don Angel del Campo, que dió gratuitamente la plaza, y a don Mateo Priego, porque cedió el coche, y a los Sres. Gobernador Militar y Coroneles de los Regimientos, que autorizaron la salida de la banda de trompetas y la charanga de los Cazadores a tocar diana por las calles, como a cuantos ayudaron a vender localidades y se prestaron a trabajar por el éxito de la fiesta brillante.

¿Qué otras cooperaciones se tuvieron por entonces?—Muchas y muy valiosas al par que originales. Ninguna, sin embargo, como la de una rifa benéfica que hizo la Comisión de Obras con donativos en especie del Comercio de la ciudad. Ved que lista de premios tan sugestiva, que *metió mano* en los bolsillos del sorprendido contribuyente.

1.º un jamón de don José Méndez; 2.º caja de botellas, del Sr. Caamaño; 3.º bandeja de plata de la Casa Adolfo; 4.º caja de botellas de don Perfecto Gómez; 5.º un lavabo, de don Guillermo Calleja; 6.º un salchichón, de don Manuel Méndez; 7.º una muñeca, del Sr. Ramírez; 8.º dos salchichones, de don Mariano García; 9.º una moneda de oro, de don Juan Yárritu; 10 un par de zapatos, de don Bernardo Estéban; 11 un traje a medida, de don Jacobo Gordo; 11 un cordero de don G. del Coso; 13 un reloj de bolsillo,

del Sr. Cantero; 14 una colcha, del Sr. Buendía; 15 una caja de puros, de la Sra. viuda de Monsó; 16 salchichón y 2 botellas, de don Antonio Marón; 17 un frasco de colonia de doña Rosario Garza; 18 imagen del Garmea, de don Isidro Roldán; 19 neceser de manicura, de don Antonio Cerezo; 20 aparato de luz, de don Miguel Sánchez; 21 estuche de papel y estilográficas, de don Ventura Corral; 22 centro y aparato de luz, S. Pastor y hermano; 23 dos alfombras y cesta, de don Esteban Avila; 24 Niño en la cuna, de don Tomás de Gracia; 25 un par de zapatos de señora, de don A. Bellido; 26 dos botes de conserva y una botella de apts, doña Pilar Almeida; 27 dos maceteros y un frasco de colonia, de don Joaquín Cifuentes, 28 reloj despertador, de don Casimiro Sánchez; 29 dos frascos de aceitunas, de don Anselmo Herrero; 30 un muñeco, de don Justo Mínguez; 31 un mazo de puros y cajetillas, de doña Paula López, 32 un reloj de pared, de don Manuel Cuartero; 33 4 botellas vino Rioja, de don Manuel Arévalo; 34 un paraguas, de don Francisco Sáez; 35 seis jerséis de niño, de don N. Pérez del Pozo; 36 un traje de niño, de don Alfredo Gutiérrez; 37 un abrigo de niño, de don Francisco Toledano; 38 cacerolas aluminio, de don Tomás Calleja; 39 una mesita, de don Domingo López; 40 un corte camisa de caballero, de P. Hernández Saldaña; 41 una ampliación, del Sr. Terol; 42 tres cajas de juegos de niños, del Sr. Becerril; 43 un baúl, de don Miguel Martí-

nez; 44 un mazo de puros, de don Epifanio López; 45 dos cuadros, de la Señoraviuda de Ubis; 46 una cartera, de M. Mínguez; 47 un décimo, de la Admón. de Lotería; 48 dos estuches de almendras, de don Manuel Pastor y 49 corte de pantalón, de la Casa Mato, Madrid.

En los escaparates del Sr. Hernández Saldaña, generosamente cedidos por su dueño para este fin, se hizo la exposición de los regalos. Eran en suma cuarenta y nueve, de los que se verificó el sorteo el 4 de Diciembre de aquel año a las doce del día en el Kiosco de la Plaza Mayor.

Aparte de esto, la Casa Salinas regaló un soberbio mazapán, de 25 libras, que exhibió en sus propios escaparates, en el que artísticamente aparecían la Stma. Virgen del Val, su Ermita y el escudo de armas de Alcalá de Henares. Ni que decir tiene que desfiló la ciudad entera por bajo los porches de la Plaza, contemplando con elogio el apetitoso donativo, que, unido como rico postre a tres succulentos pavos de doña María Mandar, doña Luisa Raboso y doña Andrea Alarcos, fué sorteado en dos lotes el 23 de aquel Diciembre, con destino su importe a las obras de la Ermita, y al precio de treinta céntimos papeleta.

—¿Qué otras ofertas y donativos se hicieron notables?— (1) Entre las primeras las del propio maestro de obras don Guillermo Barco. Aquí tenéis un nuevo y fuerte dechado del famoso «sastre del Campillo», que tras de no cobrar la hechura de los trajes que salían de su tienda, dicen que «ponía aguja, dedal e hilo». Esto hace exactamente el maestro Barco, que no cobra nada en absoluto por su trabajo personal, que tantísimas molestias le ofrece y tantas más idas y venidas le hace dar a la alameda, con las no pequeñas preocupaciones y responsabilidades que traen siempre obras así a quien las dirige; y sobre esto, presta gratuitamente su andamiage, costea de su bolsillo las losas de todo el pavimento del santuario y regala las puertas nuevas de entrada. Lo que os digo; el «sastre del Campillo» es un *bebé* sin importancia, en punto a generosidad, al lado de este inmejorable alcaláino. Para él serán y para los suyos, entre los primeros, las maternales bendiciones de la Virgen.

También don Felipe Sánchez, ofreció anticipar los ladrillos que se necesitaren, con

(1) El producto líquido de la rifa del Val, que se hizo con los donativos en especie del comercio de Alcalá, de la que damos cuenta en páginas anteriores, alcanzó la suma de mil setecientas cuarenta pesetas con diez céntimos.

tal que las obras no hubiesen de ser por falta de dinero suspendidas.

El carpintero Sr. Fernández (Francisco) se ofreció a trabajar con sus dos hijos, un día sin jornal. Y puestos a decir diríamos tanto de lo mismo, que habríamos precisión de dedicar a este menester las páginas restantes de esta deshilvanada historia.

Pero, por las especiales circunstancias que le acompañan, citaremos aparte el donativo de 30 pesetas, que entregó don Tomás de Gracia en memoria de su esposa doña Julia (q. e. p. d.) a la que días antes de su piadosa muerte le tocó en el sorteo de la lotería esa cantidad en un décimo que tomó a nombre de la Stma. Virgen, como lo venía de tiempo atrás constantemente haciendo.

—¿Qué paso llevan las obras?— ¡Ah! pues muy acelerado, por cuanto que a los tres meses y cuatro días de haberlas reanudado, faltando lo que faltaba, ya se «cojian aguas» como se dice en términos de albañilería, y se izaba la bandera nacional en el remate más alto de la techumbre, que es señal de haber cubierto las edificaciones. En memoria de acontecimiento tan grato, la Comisión ejecutiva dió el sábado 7 de Enero de 1928, una cena a los obreros en la casa del

Prioste don Cándido Acebrón, Y no fué lo que cenaron solamente, que ni más abundante ni mejor se hallara, sino la cordialidad que lo presidia y la conversación que lo condimentaba lo que refociló aquellos cuerpos trabajados y alegró aquellos espíritus con la expansión legítima que proporciona el cumplimiento de un deber, y la honra que les cabía de haber contribuido con su esfuerzo a una obra tan popular y tan de todos, como es la de la Ermita de la Patrona.

Por si ellos no lo echaban de ver, se lo dijo el M. I. Sr. Fernández Díaz al remate de la cena en una fervorosa y oportuna alocución, con honores de plática y ropage de brindis, de la que quedaron los comensales saturados para el bien de sus almas, tanto o más que de la cena los estuvieran para la salud de sus cuerpos.

Otro día después, que fué domingo, los Hermanos de la Comisión ejecutiva se sentaron a comer en una huerta de don Guillermo Barco, en celebración alegre de sus éxitos, que les compensaban del dolor de las ingratas sendas por donde les llegaron a alcanzar.

Bien les está una expansión a los que ninguna se procuraron en tantos meses atrás de

sesión permanente hasta ver la ermita como ahora merecieron verla con sus muros edificados y recubiertos, y en ocasión de ir preparando la obra del pórtico y la interior, más fácil y hacedera, que ni la lluvia entorpece, ni los huracanes obligan a dejar.

He aquí por cierto una comida íntima que parece venir a cerrar el ciclo de obras de la ermita, que abrió 16 años antes—en Septiembre de 1912—otra comida que tuvieron los Hermanos de entonces. Solo a don Bernardo Esteban le fué dado asistir a las dos, en representación al menos, y sabe de cuan diferente manera se come la una y la otra vez. La comida de los Hermanos en Septiembre de 1912 fué semejante a la de la salida de Egipto, de pié y de prisa. ¡Estaba la ermita sin hacer! Esta de Enero de 1928 debió ser comida de asiento y reposada. ¡Estaba la ermita hecha!



Cardenal Cisneros

PARTE UNDECIMA

Donde prosigue el autor lo que iba diciendo; y si lo hace aparte, es buscando que el lector no se le aburra con el relato soso y seguido, que iba para largo.

—*Con que ¿llegábamos a...?*— Si, a la comida íntima que tuvieron los Hermanos de la Comisión ejecutiva. Pues bien; apenas levantados de la mesa redactaron un manifiesto vibrante, a modo de circular, que merece ser consignado y transcrito por lo bello y lo sentido que le ha de hallar quien le lea. — Dice así:

“A los nobles hijos de Alcalá de Henares; a los que, sin haber nacido en Alcalá, habitan en ella y son entusiastas de sus venerandas e históricas tradiciones; a cuantos entre sus sueños dorados colocaron la terminación de la ermita del Val:

En el mes de Septiembre proximo pasado, tomamos sobre nuestros hombros el encargo de realizar las gestiones necesarias para la terminación total de la ermita de la Madre y Patrona de Alcalá de Henares, la Santísima Virgen del Val. El amor que siempre hemos profesado a la

que también es nuestra madre: la intención recta que nos guió a aceptar el encargo, que se nos confiara y nuestra voluntad firme y decidida a vencer toda clase de dificultades y a no cejar ante ningún sacrificio personal hasta llevar a cabo nuestro cometido, engendró en nuestro ánimo la creencia de que el más feliz éxito coronaría nuestros trabajos.

Y nuestra esperanza no ha sido defraudada. Tres meses, poco más han transcurrido desde aquella fecha, y en lo más alto de la ermita ondea hace unos días la bandera, que indica la cogida de aguas; gallarda y magestuosa se yergue la nueva espadaña y las vetustas campanas lanzaron al espacio sus notas alegres, que cayeron en el valle como signos de gloria y como ecos de triunfo repercutieron en los cerros.

Tal obra se ha llevado a cabo con los fondos de la Cofradía y con los para las obras anteriormente recaudados, y merced a la cooperación de las personas, a quienes hasta el presente hemos acudido en demanda de ayuda. Algunas de ellas han sabido adelantarse a nuestras peticiones; muchas, mejor dicho todas, han accedido con verdadera largueza a nuestros deseos. Los nombres de todas han sido publicados por la prensa local para ejemplo digno de imitación; quedan escritos en nuestros libros, que serán la historia de mañana y están muy grabados, imborrable y eternamente grabados en el corazón de nuestra Madre y Patrona. Nosotros aprovechamos esta ocasión para en nuestro nombre y en nombre de la Santísima Virgen del Val, testimoniarles públicamente, el agradecimiento a que son acreedores por su generosidad y para hacerles saber que para todos pedimos al cielo el premio que merece su desprendimiento.

Pero la ermita no está totalmente terminada, y como consecuencia tampoco han dado fin nuestras gestiones. Faltan las bóvedas y falta el pórtico, y para lo uno y lo otro faltan los recursos. A adquirir lo necesario para hacer las bóvedas y el atrio, para dar, en una palabra, por terminada la ermita del Val, deben encaminarse nuestros esfuerzos.

Por hoy no encontramos otro medio que el de la suscripción popular.

No ignoramos las muchas gavelas, que pesan sobre los vecinos de Alcalá; sabemos sobradamente que son muchas las peticiones y suscripciones que con uno u otro motivo se hacen en nuestra ciudad y esto nos detuvo hasta ahora a abrir públicamente en favor de las obras del Val la suscripción, que se inició en privado. (1) Pero no contamos en estos momentos con más medios que este, para llevar a feliz término la conclusión total de la Ermita. Verdad es que puede decirse que nuestro cometido está cumplido. Nos comprometimos a cerrar la ermita en conformidad con los nuevos planos del señor arquitecto y ce-

(1) Se refiere sin duda la Comisión ejecutiva firmante a la suscripción que hizo por su cuenta y riesgo don Bernardo Esteban, 1.º de Mayo de 1921, durante su mandato de Prioste. Sólo él con una tenacidad a prueba, de casa en casa e invitando a contribuir a cuantos veía, llegó a recoger *siete mil novecientos setenta y dos pesetas con noventa y seis céntimos*. No parece posible que consiga más una persona sola.

El Sr. Esteban, dió conocimiento a la Hermandad y cuenta de sus particulares gestiones, y distribuyó lo recaudado en pagar a don Francisco Ordeig por la armadura de hierro que sirvió la Casa Grasses, de Madrid, 5.000 petas., en jornales para los obreros del maestro Barco; 2.820 ptas., en frasperte de la armadura, 80 pesetas. Hubo un déficit en la suscripción de 72 ptas. con 30 céntimos, que justificaban los recibos que no se pudieron cobrar, por ausencia, seguramente, de los donantes.]

rada está. Pero creemos un deber llevar nuestras gestiones más allá, o hasta terminarla totalmente o hasta que toquemos con la imposibilidad.

A este fin nos dirigimos a todos los hijos de Alcalá, a sus habitantes, a los amantes de la Virgen del Val, en nombre de la misma Virgen bendita, pidiéndoles una limosna, grande o pequeña, como quiera que sea, para las bóvedas y el pórtico de la ermita, esperando confiadamente que no habrá nadie que se niegue a contribuir con su granito de arena a la realización de lo que hace tiempo constituye los deseos de todos.

Alcalá de Henares, Enero de 1928.

Gusavo Chamorro.—Cándido Acebrón.—Bernardo Esteban.—Ventura Corral.—Julián Fernández Díaz.

No se hicieron esperar las respuestas a una tan indeclinable invitación. La primera en llegar fué la de don Saturnino Pastor en carta escrita en Madrid, donde reside, ofreciendo a la Comisión un importante donativo y adhiriéndose a cuanto se hiciera con frases de afecto y optimismo. Luego llegó la de don José Félix Huerta, Juez de Cartagena, con el anuncio de su alta contribución monetaria y el elogio que le merecían los organizadores de una tan meritoria empresa, como la de restaurar la Ermita de la Patrona de Alcalá, «ciudad la más ilustre de España», como el

mismo señor Huerta lo había dicho en un libro suyo.

No tardó en llegar otra del Dr. Fernández Gómez, esclarecido hijo de Alcalá, dirigida familiarmente a don Bernardo Esteban, con el justo donativo y los consiguientes elogios y felicitaciones.

Y otra más vino de Guadalajara, firmada por don Laureano Rodríguez, que sentía el orgullo de su «Patria Chica»; y enviábasela a don Ventura Corral con un talón adjunto para retirar de la Estación de Alcalá 250 kilos de cemento marca «El León» para las obras del pórtico del Santuario precisamente.

Y en tanto don Luis Adolfo Sanz, colaborador de «El Eco» enviábale desde Madrid a este periódico sus plácemes, recordando sus campañas por la ermita en tiempos atrás, sin olvidarse de su aportación pecuniaria, hecha a nombre de sus hijos, lo que hallamos, por cierto, muy educativo y paternal.

—Y ¿otros festejos no hubo?— Claro que sí. ¿No ha de haber? Hubo el de una *corrida-mónstruo*, para decirlo con frase archi-ponderativa, como se acostumbra en este siglo de los epítetos que machacan el castellano. A tal corrida se le anunciaba como «Gran Festival Taurino», y lo prometía ser

por la cooperación activa de algunos de los maestros de la Fiesta Nacional. (1) Era el domingo 3 de Junio cuando se celebró. Todo el día aquel estuvo a la Virgen del Val dedicado. A las *diez y media*, hubo Misa en el altar que tiene provisionalmente la Santísima Virgen en Santa María de Jesús, que aplicó el celebrante por los bienhechores vivos y muertos, de la ermita. De *doce a una* dió en la Plaza un concierto la banda de Lanzarote. Y a las *cinco y media* fué la corrida. De *siete a ocho* de la tarde hubo en el paseo de Cervantes otro concierto de la misma banda. Y de *ocho a diez* baile en el Casino.

Suena mal
este baile del Casino por el Val.
No sonara,
si... en los bailes de otro modo se bailara.

.....
Y dejamos de intento para lo último la

(1) Habían ofrecido venir al festival para banderillar y matar los cuatro hermosos erales de don Gumersindo Llorente los afamados diestros El Gallo, Saleri II, Valencia, Lalanda, Emilio Méndez, Barajas, Carnicerito, Julio Mendoza, Armillita, Alcalareño II, Luis Saez y Chicuelín. Y aunque algunos no pudieron cumplir su palabra, la corrida rindió *tres mil sesenta pesetas* con *cinco céntimos*. Y no hubo que lamentar ningún percance serio.

reseña, siquiera breve, del festival acaso más culto y sin duda el más benéfico que tuvo la ermita del Val en los años de su restauración. Fué organizado por el meritisimo abogado y secretario del Excmo. Ayuntamiento don Mariano Valiente. Se redujo a dos números la simpática fiesta: una sinfonía de la banda de Cazadores de Lanzarote y la representación escénica de la magnífica obra de los Quinteros, en cuatro actos «Amores y Amorios». Se hizo en el Teatro-Salón Cervantes la noche del sábado 28 de Abril de 1928 a las diez y media. Los distinguidos actores lo son de una Compañía de virtuosos del Arte, (1) que se formó al calor de la aristocrática bondad de los señores marqueses de Altamira, en cuyos salones actúan en veladas familiares y ensayan cuando han de salir al público. Bastó y sobró la interpretación

(1) El reparto de las obras se hizo así: *Isabel*, Srta. Felisa Ruiz; *Dolores*, Srta. Blanca Guadalupe; *Julia*, Srta. Carmen S. Seijas; *Nieves*, Srta. Carmen Torrecilla; *Matilde*, señorita Pura Navarro; *Irene*, Srta. Paz Ibarra; *Cecilia*, Srta. Rosario S. Seijas; *Mercedes*, señorita Flora Torrecilla; *Juan María*, Sr. Kirkpatrick (E.); *Don Leoncio*, Sr. Olea; *Don Alejandro*, Sr. Rianza; *Lauro*, Sr. Valiente (M.); *Jorge*, Sr. Kirkpatrick (L.); *Moyita*, Sr. Sánchez; *Rafael*, Sr. Vallente (M.), y *Ciutti*, Sr. Villapán.

que hicieron de esta joya quinteriana para llenar de encantos la velada y cosechar aplausos ruidosos los jóvenes artistas. Y de lo que decimos, que fué sin duda éste el mayor beneficio de los ofrecidos al Val, baste saber que los actores se costearon sus trajes de escena y entregaron líquidas *mil doscientas treinta pesetas* al tesorero de la Comisión. Y por cierto que las localidades las tomó de su cuenta el Sr. Valiente, y las fué colocando, mediante un donativo voluntario, con tal gesto de amabilidad que no le ganaran en la tarea de sumar voluntades y dinero para el festival las más hábiles y sugestionadoras señoritas, a cuyas gracias se encomienda para el mejor éxito esta clase de repartos. Los Excmos. Sres. de Kirkpatrick patrocinaron hidalgamente la fiesta, en la que tanta parte les cabía.

El cajista nos urge. La máquina espera. No nos es posible demorar la edición de esta vulgarísima historieja. Y lo sentimos. Por que nos acaban de decir que estamos en vísperas de otro acontecimiento taurino, que andan preparando con don Antonio Marón, el comandante de Aviación Sr. Legórburu y el oficial de Correos don Angel Alarcos.

Eso más y lo que venga, si la Ermita lo necesitare, estará cumplidamente alabado con el silencio de nuestra pluma, que se nos antoja la alabanza mejor.

PARTE DUODECIMA

En la que el autor de la presente historia quiebra tintero y pluma, contrito y confuso de haberla escrito.

Pues, señor; que nos pusimos con excelente ánimo a querer dar a la estampa la historia de la Ermita del Val y hemos de confesar serenamente nuestro desacierto. En cuanto a lo primero, quedan más cosas por decir que dichas, siendo así que nos hemos fatigado en buscarlas. Luego, la forma dialogada que nos pareció, al comenzar, la mejor a nuestro intento, sentimos que ha de traer a no pocos lectores el desmerecimiento de su lectura. También nos pesa la sencilla exposición de nuestro particular criterio en algunos puntos de vista, que ha de procurarnos copiosas censuras. Y aun los elogios que a rigor de justicia tributamos a quienes entendemos que se lo merecen, parecerán excesivos. Como las omisiones que se hallaren, nos serán a placer seguramente achacadas.

Hicimos el libro con la doble y espontánea finalidad de llevar adhesiones a la Virgen y dineros a su ermita. Ni la una, ni la otra vamos pronto ni tarde a conseguir. Esta es la hora de cesar en nuestra voluntaria labor, que nadie nos la impuso, y aun envuelta en pesimismo nos fué de mucho placer, por ser para gloria de la Virgen, a la que tanto debemos.

Al Excmo. Ayuntamiento de Alcalá le dedicamos esta paupérrima obrilla en homenaje de admiración a la parte tan principal que tomó de antes, y más aún de ahora, en los asuntos del Val y de su Virgen. «Cuanto dijimos arriba personalmente del alcalde señor Chamorro, entiéndase dicho y glosado de todos sus compañeros de Municipio, que a todos alcanza la gloria de haber abierto el Santuario restaurado de la Patrona de la Muy noble y Muy leal ciudad. (1) Con unánime aplauso de todos se votó la partida del

(1) Ahora entró a presidir sus fiestas de Septiembre y a estrenar su Ermita relimpia, aunque no acabada. Ese día estrenaba también la Señora un rico vestido bordado en oro a realce, de raso blanco la tunicela, de raso rojo el manto, con el que piadosamente la obsequiaron las primorosas manos de las hermanas, Srtas. Eulogia y Josefa Maderuelo, a las que la Virgen vestirá de gloria.

presupuesto para las obras y fiestas del Val, dándose al alcalde comisión tácita de intervenir en los negocios de la Ermita, por la que sentíanse los ediles todos fuertemente interesados sin matices de política, ni antagonismos de posición, a estímulos solamente de convivencia ciudadana y adhesión obligada a los amores del pueblo.

Anhelamos para la Comisión ejecutiva los últimos éxitos que culminaran en Mayo de 1929, cuando se inaugure solemnemente la Ermita nueva con la bendición episcopal. Entonces la veremos a la Señora habitar de continuo en la Ermita. (1) Será ocasión entonces de que haya un capellán que diga Misa y entone los sábados la Salve al atardecer. El Ayuntamiento hará que los fieles

Componían el Municipio Complutense cuando la Ermita fué restaurada los señores cuyos nombres damos nimbados de elogio:

Don Heliodoro Castro, don Antonio Ramos (q. e. p. d.) don Félix Yuste, don Paulino Muñoz, don Manuel López Linares, don Anastasio Jiménez, don Braulio Gallo, don Jacobo Gordo, don Niceto Pérez del Pozo (q. e. p. d.), don Joaquín Cifuentes, don Fernando Cantero, don Miguel Bervis, don Felipe Cerezo, don Evaristo Villar, don Timoteo Gutiérrez, don Guillermo Barco, don Antonio Marón, don Justo Minguéz y don Antonio Cerezo. Y era secretario del Cabildo Municipal don Mariano Valiente.

puedan ir a cantársela poniéndoles en condiciones el delicioso paseo. Y desde el púlpito nuevo, apagados los ecos de las elegías de ahora, saldrán las notas de vida de los predicadores de la Fé. Allí el M. I. Sr. don Pablo Herrero Zamorano, allí el M. R. P. Ramón López, allí don Juan Causapié, allí don Federico Santos... Y otros que vengan a que la Ermita nueva no se hunda, no se pierda, no se cierre...

En tanto el M. I. Sr. don Julián Fernández Díaz, habrá dado a la Hermandad las Ordenanzas del Cardenal Tenorio renovadas y adaptadas al presente, como lo está su escudo antiguo en la fachada nueva.

Y si esto y más, con el favor de la Virgen, se consiguere, nos importará un ardite que esta deshilvanada historieja, que salió en mal hora de nuestras manos, ande en los mostradores envolviendo drogas o encandilando estufas en invierno, si es que no sirviéndoles de destructor entretenimiento a los niños llorones para que callen...

Por hoy es a nosotros a quienes toca callar.

¡Que la Virgen sea con todos!

Amén.

BIBLIOTECA



Salió de máquinas este libro el
día del Arcángel San Miguel,
a 29 de Septiembre de 1928,
vispera del de San
Hierónimo, Patrón
de los
libreros.



Cardenal Cisneros